

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2002)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2002
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Arco Iris Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasarcoiris cristianas.com>.

Índice

Enero 2002 – Voces de aliento al inicio de un año nuevo.....	3
Febrero 2002 – Iglesia, <i>quo vadis?</i>	7
Marzo 2002 – Llamados a perseverar.....	10
Abril 2002 – Alabanza y adoración.....	14
Mayo 2002 – Espíritu Santo, ¿creyentes santos?.....	18
Junio 2002 – El misterio del sufrimiento.....	21
Julio 2002 – La amarga prueba de la sequía espiritual.....	25
Septiembre 2002 – El secreto del contentamiento.....	28
Octubre 2002 – GRACIA, ¡qué gran palabra!.....	31
Noviembre 2002 – Familia, sociedad y fe cristiana.....	34
Diciembre 2002 – Los cinco regalos de la Navidad.....	38
Libros de José M. Martínez.....	42
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	42
Folletos de José M. Martínez.....	42

Copyright © 2002, José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

Voces de aliento al inicio de un año nuevo

El comienzo de un nuevo año suele suscitar preguntas: ¿Qué nos reportará? ¿Entrañará experiencias venturosas o, por el contrario, días de amargura y frustración? La situación del mundo en los primeros años del siglo XXI no parece la más propicia para generar optimismo. Los graves acontecimientos del pasado reciente han dejado en suspenso sobre el horizonte nubarrones oscuros que poco de bueno hacen presagiar. Dos palabras resumirían el estado de ánimo de millones de personas al comenzar el año 2002: incertidumbre y ansiedad. Sin embargo, el creyente que da oídos a la Palabra de Dios percibe voces que eliminan o calman la congoja.

Esas voces llegan a nosotros a través de numerosos textos de la Biblia. Aquí analizamos el capítulo 40 del libro de Isaías. Es un mensaje del profeta dirigido a los judíos que, libres de su cautiverio en Babilonia, habían de enfrentarse con la difícil tarea de reconstruir Jerusalén y las estructuras políticas de la nación y ordenar su vida espiritual en circunstancias descorazonadoras. He aquí esas voces:

La voz del perdón

«Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado está perdonado...» (Is. 40:2).

La palabra de Dios siempre va dirigida al corazón. Y siempre entraña el anuncio del perdón divino. El pueblo judío se había apartado de Dios; le había ofendido con su idolatría, sus injusticias y su falsa religiosidad. Esta apostasía le había acarreado severos juicios del Señor; el último, la cautividad babilónica. Pero el juicio se había cumplido. Ahora llegaba la hora del perdón y la renovación. Siempre es así. Por eso la misericordia de Dios siempre abre puertas a un futuro luminoso.

Muchas personas, al examinar su vida con un mínimo de sensibilidad moral, son conscientes de que han pecado (contra Dios y contra el prójimo), y el remordimiento las tortura. No hay carga más pesada que el sentimiento de culpa. En esos casos lo mejor, lo único que resuelve el problema, es el arrepentimiento con la confesión a Dios del pecado y la reparación cuando es posible. Cuando se asume esta actitud, Dios perdona, pues «la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7); la carga desaparece; surge en el alma la paz de Dios. Por eso es «bienaventurado aquel cuyas transgresiones son perdonadas y borrados sus pecados» (Sal. 32:1). Por eso el creyente restaurado canta: «Bendice alma mía al Señor... Él es quien perdona todas tus iniquidades...» (Sal. 103:1-3). Poder apropiarse estas palabras es una buena manera de comenzar un año.

La voz de la esperanza

«VOZ que clama: En el desierto preparad camino al Señor... Todo valle sea alzado y bájese todo monte y collado... ¡Que lo torcido se enderece y lo áspero se allane! Entonces se manifestará la gloria del Señor» (Is. 40:3-5).

El camino de Babilonia a Jerusalén no era una autopista. Entre ambas ciudades se interponía el desierto con sus montículos arenosos y sus hondonadas sombrías, con peligro de fieras y de bandoleros; sin sombra, sin agua...; sin la certeza de que les esperaba un futuro radiante. Al llegar a su destino, ¿no caerían en la más dolorosa

decepción? Los muros de la ciudad, derruidos; el templo, hecho una ruina; las calles y las casas que todavía permanecían en pie, ennegrecidas después de largos años transcurridos desde que fueron incendiadas por el ejército de Nabucodonosor. Y como si esto fuera poco, a su alrededor acechaban pueblos y gobernantes implacables fieramente opuestos a los judíos. No es de extrañar que muchos de los liberados del cautiverio se sintiesen invadidos por el espíritu del desierto y cayeran en el desaliento. Pero no tenían por qué temer si confiaban en su Dios y andaban en su santo temor. Pero esto sí era indispensable. Toda actitud de autoensalzamiento («todo monte y collado») debía ser abandonada, y, por el contrario, «todo valle» (toda forma de duda o depresión) debía ser alzado. Además, lo torcido (conductas contrarias a la Palabra de Dios) debía ser enderezado y lo áspero (lo que hiere o molesta) allanado. En una palabra, el pueblo que había recobrado su libertad había de vivir conforme al estándar espiritual fijado por Dios en su ley. Esto obligaba a un arrepentimiento sincero y a una auténtica conversión. Los judíos provenientes del exilio necesitaban no sólo la reconstrucción de la Jerusalén material. Necesitaban sobre todo una restauración espiritual. Sólo de este modo podría manifestarse «la gloria del Señor» (Is. 40:5).

A la luz de esta gloria, todo se vería diferente. Los judíos no mirarían a las ruinas, ni a la miseria, ni al caos. Mirarían al Todopoderoso. Y con esa mirada verían la gloria de su majestad poderosa en el ejercicio de su soberanía y la gloria de su amor compasivo. Verían que Dios cambia las situaciones más penosas en experiencias de bendición. Es la visión que el pueblo de Dios y cada creyente necesitamos en todos los tiempos (también en el siglo XXI). El fulgor de esa manifestación de la gloria divina desvanecerá toda sombra y, ahuyentando ansiedades y temor, inflamará la esperanza. Él siempre tiene cosas nuevas, regocijadoras, para nuestro futuro. Si sabemos avistarlas mediante los ojos de la fe, podremos decir como el Salmista: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién (o de qué) he de atemorizarme?» (Sal. 27:1) y «el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida». (Sal. 23:6).

La voz del realismo existencial (Is. 40:6-10)

En este pasaje la voz llama la atención sobre la existencia humana. El perdón divino no garantiza una vida gloriosa sobre la tierra. La Palabra de Dios siempre es realista. En el texto que consideramos se enfatiza la importancia de esta verdad. La voz divina dice al profeta: «Da voces». Dilo bien alto para que todos se enteren y reflexionen.

Cuando tantas personas se jactan de su poder, su sabiduría o sus riquezas, Dios presenta al desnudo la realidad. ¿Qué es el hombre? «Hierba, y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento del Señor sopla sobre ella. ¡Ciertamente como hierba es el pueblo!» Aun la persona más fuerte arrastra consigo la debilidad en todos los aspectos (físico, mental y moral). Si la adversidad le golpea con fuerza reiteradamente, acaba derrumbándose. Si la tentación le asedia con dureza, cede a ella. Paulatinamente se va debilitando. Aumentan los achaques. Y en el momento menos pensado una bacteria invisible, un virus, un accidente o un deterioro físico extremo acaban con su vida.

Esta vida es breve, por más que la ciencia hoy muchas veces la prolongue. También hoy puede decirse con razón que el hombre es «corto de días y hastiado de sinsabores, brota como una flor y es cortado, huye como una sombra y no permanece» (Job 14:1-2).

Sus años están «contados» (Job 16:22) y pronto habrán llegado a su fin. Entonces, demasiado tarde, muchos reconocerán que su vida en la tierra ha sido «vanidad de vanidades, todo vanidad» (Ec. 1:2).

No obstante, aunque el hombre perece, hay algo que perdura: «La palabra del Dios nuestro permanece para siempre.» Permanece su palabra de juicio, pues juicio es la mortalidad humana: «La hierba se seca y la flor se marchita porque el viento del Señor sopla en ella.» (Is. 40:7). Pero igualmente permanecen las palabras de perdón y las múltiples promesas de bendición que Dios ha dado a cuantos de corazón se vuelven a él. Mi vida se va consumiendo; mi vigor me va dejando; veo en torno mío peligros y duras pruebas, todo lo cual quizás aumentará a lo largo del año. Pero la palabra de Dios me dice: «No temas, porque yo te redimí... Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás y la llama no arderá en ti» (Is. 43:1-2). Es que Dios, fiel, no permite que su hijos sean probados más de lo que son capaces de soportar, sino que juntamente con la prueba da la salida para que puedan resistir (1 Co. 10:13). Si esto es así -y lo es- todo creyente puede decir: «En Dios he confiado. No temeré» (Sal. 56:3, Sal. 56:11). Mientras experimenta las variopintas vivencias existenciales que la vida conlleva, por encima de toda otra súplica, clamará: ¡HABLA, SEÑOR!. Cuando su voz llega a mí, mi alma revive, porque su Palabra permanece para siempre. Siempre ilumina, siempre vigoriza, siempre salva.

La voz que revela a Dios (Is. 40:9-31)

«Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta con fuerza tu voz... Di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!» (Is. 40:9). A partir de este versículo se hace una descripción admirable de algunas características de Dios, probablemente las más alentadoras.

1. Señor poderoso (Is. 40:10)

A lo largo de la historia de Israel Dios se había manifestado como el Shaddai, el Todopoderoso (Gn. 17:1; Gn. 35:11; Gn. 48:3), el Rey Supremo ante el cual ningún otro poder puede prevalecer. Él «quita reyes y pone reyes» (Dn. 2:21). Su brazo lo sojuzga todo y retribuye a todos según los principios de su justicia (v. 10b). Los israelitas habían aprendido que «el que habita al abrigo del Altísimo mora bajo la sombra del Omnipotente» (Sal. 91:1). Su poder es ilimitado (Mt. 19:26). Es suficiente para librar a su pueblo de peligros y calamidades (Sal. 91:4-6) y, aun en medio de aflicciones, hacerlo vivir en apacible bienestar.

Lo que la voz proclama en este versículo tiene un carácter profético. Apunta al día de la plena restauración de Israel; pero más allá del retorno del pueblo judío a su tierra, proclama el hecho paradójico de la encarnación del Salvador. Es verdad que Cristo vino a esta tierra con una apariencia de debilidad, en calidad de siervo. Era una venida de humillación (Fil. 2:8). La cruz era expresión de impotencia. Había mucho de realismo en las palabras de algunos que contemplaron la crucifixión de Jesús: «A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar» (Mt. 27:42). Pero una vez cumplido el propósito de la cruz (la expiación del pecado) la debilidad del crucificado, tras la resurrección, daría lugar al poder sin límites del Hijo de Dios. Y ahora, «aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios» (2 Co. 13:4), «Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla» (Fil.

2:9-10). Ello explica que antes de su ascensión al cielo el Señor Jesucristo dijera: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mt. 28:18).

Con su poder el Señor, a lo largo de los años, controla la historia del mundo, especialmente la de su pueblo, y la de cada uno de sus redimidos. Cualesquiera que sean las circunstancias de su futuro, el cristiano puede decir con Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». (Fil. 4:13).

2. Pastor solícito (Is. 40:11)

Pocas metáforas son tan expresivas del carácter y la acción de Dios como la del pastor. Ya en días del Antiguo Testamento se invocaba a Dios como el «Pastor de Israel» (Sal. 80:1). Y en el Nuevo Testamento hallamos la figura admirable del Buen Pastor, el bendito Hijo de Dios. A la luz de Juan 10, vemos que Cristo conoce a sus ovejas (Jn. 10:14), con todos sus defectos y torpezas; las guía (Jn. 10:4; es hondamente sugestiva la expresión «va delante de ellas»). Al principio de un año no sabemos lo que éste nos traerá. Pero sabemos que en el transcurso del tiempo, el Señor va delante. Él nos despejará el camino. Como a Josué, nos dice: «Yo estaré contigo por dondequiera que vayas» (Jos. 1:9). Asimismo el Buen Pastor a su poder une su solicitud y ternura (Jn. 10:11). Es comprensible; él dio su vida por sus ovejas (Jn. 10:11). Le somos carísimos.

3. Creador (Is. 40:12-21)

En este pasaje sobresalen el poder y la sabiduría de Dios (Is. 40:12), su grandeza incomparable (Is. 40:15-17) y lo absurdo de la idolatría (Is. 40:18-21).

Por otros textos de la Escritura sabemos que el Dios que un día «creó los cielos y la tierra» (Gn. 1:1), que un día creará «cielos nuevos y tierra nueva» (Ap. 21:1, Ap. 21:5), y que ahora hace una nueva creación de cada creyente en Cristo (2 Co. 5:17), también es poderoso para transformar las situaciones más difíciles y penosas de nuestra vida. Él convierte en oasis el desierto, la oscuridad en luz, la angostura en liberación. También lo hará en este año que comienza.

4. Sostenedor y vivificador de su pueblo (Is. 40:27-31)

Los judíos cautivos en Babilonia habían caído en el desaliento (el arma favorita del diablo). Veían el futuro con pesimismo, Pero este pesimismo era infundado. Su futuro estaba iluminado por promesas divinas de restauración.

Admitimos la verdad de que nosotros, los humanos, frecuentemente nos fatigamos y desfallecemos (Is. 40:30). Nuestra fe se debilita y quedamos postrados en la perplejidad y el desánimo. Pero «el Dios eterno... no desfallece ni se fatiga con cansancio» (Is. 40:28). Por eso «los que esperan en él tendrán nuevas fuerzas», para andar, para correr e incluso para remontarse a las «alturas celestiales» en Cristo.

Con esas fuerzas renovadas avancemos a lo largo del nuevo año, dispuestos a «correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús» (He. 12:1-2).

José M. Martínez

Iglesia, *quo vadis?*

Es un motivo de gozo saber que el testimonio del pueblo cristiano está llevando a muchas personas al conocimiento de Cristo. Miles se convierten y las iglesias locales se multiplican, especialmente en Hispanoamérica, en Asia y en algunos países de África. También en el llamado mundo occidental hay lugares en los que el Evangelio fructifica esperanzadoramente. Sin embargo, el cuadro global también genera inquietud.

Muchos creyentes piadosos viven hoy preocupados por la situación de la Iglesia y por sus perspectivas de futuro. Saben que el porvenir está garantizado por Aquel que dijo: «...Yo edificaré mi Iglesia y las fuerzas de la muerte no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18). Son conscientes de que cuando Dios comienza una buena obra, la continúa y perfecciona para al día de Jesucristo (Fil. 1:6). Y no dudan de que el Espíritu Santo puede avivarla poderosamente como lo ha hecho en diferentes momentos del pasado. Están, además, convencidos de que todavía hay miles de creyentes ejemplares en las diferentes confesiones cristianas. Pero les inquieta el panorama que numerosas iglesias cristianas presentan a nuestros ojos en no pocos países. Lo que se ve no son iglesias espiritualmente robustas, santas, fieles al Evangelio, auténtica «luz del mundo». En vez de influir sanamente en el mundo, se mundanalizan. Dan la impresión de que hacen una interpretación aviesa de Jer. 15:19 y entienden el mensaje divino como si dijera: «Conviértete tú a ellos y ellos no se conviertan a ti», exactamente todo lo contrario de lo que el texto dice. Con demasiada frecuencia hallamos creyentes que parecen abogar por una «conversión» de los cristianos a las creencias, opiniones y prácticas del neopaganismo que impera en la sociedad actual. «Debemos -se dice- cortar el ancla que nos ha atado a un pasado insostenible y, rompiendo con un conservadurismo rancio, adaptarnos a un presente nuevo. Necesitamos "modernizarnos"».

Esa pérdida del ancla asida de la Palabra de Dios (vieja pero siempre nueva, siempre actual y válida) deja a muchas naves eclesiales a la deriva. En su doctrina, su culto, sus criterios éticos, su organización y sus costumbres, es llevada por las corrientes culturales del momento. Algunos de sus miembros más reflexivos se marean con los vaivenes que tales corrientes producen. Y en más de un caso su fe se tambalea. Aunque esto en ningún caso se justifica, sí se explica, pues la situación en no pocas iglesias apenas puede ser más generadora de dudas y desánimo. Quizás alguien dirá que la Iglesia de todos los tiempos ha sufrido duros embates: persecuciones, herejías, inmoralidad, tibieza... Ciertamente; pero en nuestros días los embates del posmodernismo, de la crítica bíblica, de la ética permisiva y de la intolerancia respecto a la fe cristiana tienen una intensidad antes desconocida. ¿Será ello signo de proximidad de la «gran apostasía» a la que alude Pablo en 2 Ts. 2:3 ss? Tal vez la situación justifica la pregunta del Señor Jesucristo: «Cuando el Hijo del hombre venga ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8).

Lo que a continuación voy a exponer no es la visión crítica, amargada, de un pesimista. Es una serie de facetas de la obra evangélica en muchos países. Quiero recalcar que su exposición no implica una generalización. Gracias a Dios hay todavía, como he señalado al principio, muchos creyentes y no pocas iglesias fieles a la Palabra, de testimonio ejemplar. Pero esto no debe encubrir hechos y tendencias que de modo creciente empiezan a manifestarse en el pueblo evangélico. Algunos de esos hechos se presentan a ojos del observador avisado como luces rojas preventivas de peligro.

Una de ellas es la indiferencia que existe en muchos lugares hacia la **doctrina**. En los días de la Reforma los grandes temas teológicos se comentaban apasionadamente por todas partes, incluso en la calle o en los mercados. Hoy no sólo la teología, sino todo lo concerniente a religión se evita en los contactos sociales. Se considera que la fe debe mantenerse en la privacidad más íntima. Lo más triste es que ese desdén hacia lo doctrinal se manifiesta en el círculo de las iglesias, a veces en el de sus propios líderes. «El amor une; la teología divide» hemos oído decir más de una vez. Se pasa por alto que en la Escritura el amor incluye el respeto a la verdad revelada, y que, al igual que en días apostólicos y posteriores, la «sana doctrina» debe ser defendida vigorosamente. ¿Qué sino defensa doctrinal del Evangelio son las cartas a los Gálatas, a los Colosenses y la de Judas? El descuido de esta faceta de la fe ¿no será causa del debilitamiento espiritual de más de un creyente? Pero una cosa, antes de defenderla, hay que conocerla. De ahí la necesidad de que las iglesias evangélicas recuperen plenamente la didáctica doctrinal. Si esto se consiguiera, probablemente se verían menos creyentes desorientados yendo de acá para allá como «niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina» (Ef. 4:14).

Se observa asimismo en muchas iglesias una tendencia a **desplazar el centro del culto**. Tradicionalmente las iglesias protestantes, aun las más litúrgicas, han tenido como centro del servicio religioso la exposición de la Palabra de Dios. Hoy más y más se tiende a promover lo emocional. En la «alabanza», elemento vital, irrenunciable en el culto, parece darse más importancia al ritmo de lo que se canta que a la conveniencia de que evoque textos inspiradores de la Palabra. Y la Palabra misma está siendo subestimada. Así, consciente o inconscientemente, se resta importancia a la predicación, relegándola a un segundo lugar, con lo que la iglesia queda expuesta a una depauperación espiritual peligrosa. Siempre será mucho más importante lo que Dios nos diga por su Palabra a través de la exposición bíblica que lo que nosotros podamos decirle a Él con nuestros cánticos y oraciones.

También **la predicación** misma parece estar sufriendo en algunas iglesias una grave atonía. Muchos mensajes son o superficiales o dulzones, en ambos casos carentes de efectividad. El predicador parece desprovisto del nervio del profeta. Da la impresión de que busca más agradar a la congregación que proclamar el mensaje que ésta necesita. A veces incluso el menosprecio con que la sociedad suele hoy reaccionar ante ciertos temas condiciona la predicación. Algunos predicadores, tal vez sin percatarse de ello, raramente presentan temas de la Biblia tan capitales como la santidad, la soberanía y el juicio de Dios, el pecado, la expiación, la necesidad del arrepentimiento (de creyentes y de no creyentes), la santidad «sin la cual nadie verá al Señor» o la esperanza del retorno de Cristo, con las implicaciones prácticas de todos ellos.

Mundanalización de la iglesia. En parte por la superficialidad de la fe, en parte por la influencia malsana del exterior, muchos miembros adoptan criterios y formas de comportamiento que ponen en tela de juicio su sensibilidad cristiana. Por supuesto, no debemos caer en el legalismo casuístico. La iglesia no puede, por ejemplo, detallar el modo como los creyentes han de ir vestidos o qué diversiones se pueden permitir. Pero ha de insistir en que somos «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 P. 2:9). Estaremos dando un testimonio muy pobre si aquellos que nos rodean no ven ninguna diferencia entre nosotros, creyentes, y quienes no lo son.

Análisis especial merece la tendencia en algunos lugares a hacer «agradable» y acogedora la vida eclesial. A tal efecto, se organizan actividades que en sí no son censurables, pero que fácilmente pueden convertirse en sucedáneos de la comunión cristiana. Más de una vez hemos oído decir de alguna iglesia: «Se ha convertido en un club». Los miembros acuden los domingos al culto como lo harían si fuesen al centro de un club de tenis o de excursionismo. No menos triste es ver cómo en algunas iglesias, concluido el culto, la mayoría de miembros forman entre sí grupos de tertulia conversado sobre temas banales, con escaso o nulo interés por las personas nuevas, de las que muchas veces nadie se preocupa. El celo evangelístico, tan característico de los evangélicos en otro tiempo, parece hoy una llama macilenta próxima a su extinción. ¿No estaremos viviendo un Evangelio de la «gracia barata» a la que lúcidamente se refirió Dietrich Bonhoeffer? ¿No nos estaremos apoltronando en un cristianismo sin compromiso, sin seguimiento de Cristo, sin cruz?

Ante la perspectiva que se extiende frente a nosotros, quizá habremos de repensar la eclesiología de Lutero en términos de «Iglesia visible» e «Iglesia invisible» para hallar consuelo y estímulo en el hecho de que «conoce el Señor a los que son suyos» (2 Ti. 2:19). La Iglesia visible (léase entidades religiosas semejantes a sociedades civiles) puede contar entre sus miembros personas poco espirituales, no nacidas de nuevo incluso, y constituir un conjunto más influenciado por el mundo que por el Espíritu y la Palabra de Dios. Pero Dios siempre tendrá su «remanente fiel», hijos y siervos suyos fervorosos, reverentes, sumisos a sus preceptos, abnegadamente dedicados a promover la edificación de su Iglesia y la extensión del Evangelio. Sea cual sea la condición de la Iglesia visible, el remanente fiel se irá renovando hasta que el Señor vuelva.

Entretanto, es deber de todos los cristianos genuinos orar para que Dios envíe a su pueblo espíritu de autoexamen a la luz de Aquel que dijo: «Yo conozco tus obras...» (Ap. 2:2,9,13,19; Ap. 3:1,8,15). Con esa luz quizá descubriremos que también nosotros hemos dejado nuestro «primer amor» (iglesia de Éfeso), que hemos permanecido insensibles ante la infiltración de doctrinas erróneas (iglesia de Pérgamo), que hemos cedido ante el empuje de una ética permisiva (iglesia de Tiatira), que sólo tenemos apariencia de que vivimos en Cristo cuando en realidad estamos muertos (iglesia de Sardis) o que nos hemos enorgullecido creyéndonos ricos, autosuficientes, cuando a ojos de Cristo somos unos «desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos», destinados a ser «vomitados» de la boca del Señor a causa de nuestra tibieza (iglesia de Laodicea). Si este es nuestro caso, el Señor mismo nos muestra el camino a seguir: «Arrepiéntete» (Ap. 2:5,16, Ap. 3:3,19). El arrepentimiento conducirá a una consagración plena a Cristo y su causa. Y la iglesia responderá positiva y fervorosamente al mandato divino: «Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti.» (Is. 60:1). Entonces no sentirá necesidad de tomar prestado del entorno mundano ideas, criterios y prácticas que acaban empobreciendo la fe y anulando el testimonio.

¿Adónde vas, Iglesia? - Humanamente, de nosotros depende la respuesta.

José M. Martínez

Llamados a perseverar

A lo largo de su ministerio, el Señor Jesucristo vio cómo multitudes le seguían. Pero también observó cómo «muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él» (Jn. 6:66). Éstos eran el grano de semilla que, sembrado en pedregales, brotó pronto prometedoramente, pero «cuando salió el sol se quemó» porque apenas tenía raíces (Mt. 13:5-6).

La experiencia ha mostrado que una de las virtudes más difíciles de mantener es la perseverancia, especialmente en el discipulado cristiano. Muchos creyentes son capaces de auténticas proezas en un momento dado; pero carecen de la energía suficiente para perseverar. En unos juegos olímpicos espirituales pueden ganar la prueba de los cuatrocientos metros, pero no una maratón. O quedarán postrados a mitad de la carrera o renunciarán a acabarla y la abandonarán. Pero esta defección es inadmisibles en la carrera cristiana, pues sólo «el que persevera hasta el fin será salvo» (Mt. 10:22). Esta perseverancia, si nos atenemos al verbo original (Proskateréo) en el Nuevo Testamento significa no sólo continuidad, sino firmeza; es ocuparse de modo incansable en algo, ser fielmente adicto.

El tema es de gran actualidad, pues lamentablemente en muchas iglesias es preocupante el número de miembros que se alejan de ella o que, sin llegar a abandonarla, viven una vida espiritual raquítica e infructuosa. Abrumados por dudas, por problemas o simplemente por indiferencia, más que «correr la carrera que les es propuesta» (He. 12:1) parecen arrastrarse pesadamente por los caminos del Señor. Como consecuencia, su testimonio tiene muy poco de atractivo para que personas de su entorno no creyentes se interesen por el Evangelio.

En el campo de la experiencia cristiana se destacan cuatro áreas en las que debe ejercitarse la perseverancia: el credo, la oración, la comunión eclesial y el servicio.

Perseverancia en la fe

Los tiempos actuales no son muy propicios a la fe. El creyente ha de hacer frente a corrientes de pensamiento profundamente antagónicas al credo cristiano. Desde los días del Renacimiento hasta hoy han ido ganando terreno el humanismo y el racionalismo. El hombre es «la medida de todas las cosas», idea que se ha acrecido con los avances científicos y tecnológicos. Y es el hombre quien, guiado por su razón y por la luz de las ciencias naturales, ha de definir la verdad con todos sus contenidos (doctrinales o éticos). Para los defensores más radicales de esta filosofía, toda creencia religiosa es una rémora para el progreso. Desde la existencia de Dios hasta la resurrección de Jesucristo, todo es negado o puesto en tela de juicio. De ahí la proliferación de ateos y agnósticos, muchos de los cuales ridiculizan las doctrinas esenciales del cristianismo y presionan por todos los medios a la sociedad para imponer sus opiniones.

Si a esto se añaden las dudas que, independientemente del entorno, suelen asaltar al creyente, o las inconsistencias que éste descubre en su propia vida y en la de otros cristianos, se comprenderá que necesita una elevada dosis de conocimiento y poder espiritual para perseverar en la fe.

También el problema de la injusticia y el sufrimiento le turba con frecuencia. Su teología no cuadra con la experiencia humana, y entonces piensa que en la providencia de Dios algo no funciona. O la sabiduría, el poder, el amor y las promesas de Dios no son tan maravillosos como se pensaba o la teodicea es un misterio indescifrable. Cualquiera de las dos opciones tiene efectos debilitantes sobre la fe. Éste fue el problema de Juan el Bautista. No podía entender que, si Jesús era el Mesías prometido, instaurador del reino de Dios, permitiera injusticias como la de su encarcelamiento. Hasta tal punto la oscuridad en este punto turbaba su fe que envió a dos de sus discípulos con un mensaje angustioso, una pregunta que le corroía el alma: «¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?» (Mt. 11:3). La respuesta del Señor fue una referencia a las maravillas de su obra, que nadie podía negar. La grandeza del Cristo de los evangelios es tal que las dudas quedan acalladas. Y lo sublime de sus enseñanzas robustece la fe. Así lo experimentaron los discípulos que permanecieron junto a él cuando muchos otros le abandonaron. A la pregunta de Jesús, «¿Queréis ir vosotros también?» dan los discípulos una respuesta conmovedora: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6:67-68). Hagan lo que hagan otros, nosotros no dejaremos de andar en pos de ti. Eso es la perseverancia en la fe de Cristo.

Perseverancia en la oración

Mientras el creyente se mantiene en comunión con Dios mediante la escucha de su Palabra y la oración, está en condiciones de resistir los embates del adversario contra su fe. Por algo resaltó el Señor Jesucristo «la necesidad de orar siempre y no desmayar» (Lc. 18:1). También en los escritos apostólicos se enfatiza la práctica de la oración: (Ro. 12:12; 2 Co. 1:11; Col. 4:2; Col. 4:12, entre otros).

El cristiano normalmente reconoce el valor de la plegaria, pero no pocas veces tropieza con dificultades para dedicarse a ella más asiduamente, con más fervor y confiando en su efectividad. Sucede esto especialmente en tiempos de sequía espiritual, cuando se ora fríamente, sin convicción, con la sensación de que la oración no va más allá del techo. Aun en esta situación, conviene no renunciar a medio tan importante para la comunicación con el Padre celestial. Si se mantiene la perseverancia en este terreno, la experiencia sombría de un orar sin confianza en un estado de debilidad espiritual cesará para dar lugar a otro de fervor renovado en que el «estar siempre gozosos» va emparejado con el «orar sin cesar» (1 Ts. 5:16-17). Con esta renovación el creyente recupera la certidumbre de que «los ojos del Señor están sobre los justos, y atento sus oídos al clamor de ellos» (Sal. 34:15), y hace suyas las palabras del salmista que atestiguan esa confianza: «En cuanto a mí, a Dios clamaré... tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz» (Sal. 55:16-17).

Perseverancia en la comunión eclesial

Es tan bello como ejemplar lo que en el libro de los Hechos leemos sobre la primitiva iglesia de Jerusalén: sus miembros «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones... Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casa, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.» (Hch. 2:42, Hch. 2:46).

Ese testimonio merece un comentario más extenso que el permitido por lo limitado de este espacio. Destaquemos lo esencial. En aquella iglesia, sus primeros miembros y los

convertidos que le fueron añadidos el día de Pentecostés se sentían fuertemente unidos por una misma fe, una común esperanza y un amor antes desconocido. Se sentían como una gran familia y anhelaban vivamente estar juntos, en el templo o por las casas. Y juntos eran instruidos en la enseñanza de los apóstoles; mantenían una comunión de sentimientos. Todos y cada uno se interesaban por el resto de sus hermanos y así, en la medida de lo posible, eran suplidas todas las necesidades (espirituales, emocionales y físicas) de la comunidad. En aquella comunión cristiana ocupaba un lugar muy especial la participación en el culto (partimiento del pan, oraciones y, muy probablemente, el cántico de salmos e himnos).

Millares de cristianos hoy podrían referir experiencias de bendición vividas en la comunión de los fieles y en el culto, todo ello fuente de gozo. A semejanza de los antiguos israelitas piadosos, se alegran con quienes les dicen: «A la casa del Señor iremos» (Sal. 122:1). Deplorablemente ese «ardiente suspirar por los atrios del Señor» (Sal. 84:2) demasiadas veces se ha convertido en desinterés y frialdad. Tal vez porque han tenido problemas en la iglesia (en no pocos casos por su propia culpa). Pensar en el día del Señor y en la participación cúllica viene a ser para ellos tedio, por lo que su presencia entre los hermanos sólo se ve muy de tarde en tarde. Todo da la impresión de que han perdido «su primer amor» (Ap. 2:4) ¡Situación grave! (Ap. 2:5).

Este fenómeno puede ser uno más de los efectos del secularismo. Muchos creyentes viven hoy fuertemente influenciados por el estilo de vida de quienes no lo son. La vida resulta demasiado ajetreada, estresante. Consecuentemente, tras una semana de trabajo (normalmente ahora, cinco días), se piensa que el ocio, con la desvinculación de toda clase de actividades, es una necesidad de primer orden para no sucumbir en el género de vida que se han creado, ¡como si no lo hubiese sido también el de nuestros antepasados en la fe, agobiados por trabajos mucho más fatigosos! En las iglesias hay dos clases de miembros: los comprometidos y los visitantes; muchos de estos últimos parecen pensar que es suficiente asistir a la iglesia una vez al mes o cada dos meses, lo indispensable para que los dirigentes de la iglesia no los llamen al orden a fin de regular su vida eclesial. Dicen que, en último término, no necesitan la iglesia para mantener su fe. Puro sofisma. Demasiadas veces se ha visto que el creyente que empieza alejándose de su iglesia acaba perdiendo su fe.

Hoy, como en el primer siglo del cristianismo, es urgente atender a la admonición hecha por el autor de la carta a los Hebreos: «No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos, y tanto más cuanto que veis que aquel día (el día de la segunda venida de Cristo) se acerca.» (He. 10:25). Recuerden los ausentes de la casa del Señor lo mucho que pueden perder con su modo impropio de entender la comunión de los santos. El desanimado Tomás, ausente el día en que el Señor resucitado se apareció a los discípulos en el aposento alto, necesitó una semana más para el reencuentro con él y con ellos que pondría fin a su crisis de fe (Jn. 20:24-29).

Recordemos de nuevo la iglesia madre de Jerusalén. «Perseveraban» todos unánimemente en el seno de la comunidad de Jesús.

Perseverancia en el servicio

«Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.» (1 Co.

15:58). Estas palabras del apóstol Pablo son otro llamamiento a la perseverancia, esta vez referida al servicio cristiano.

La obra de Cristo en el mundo ha tenido continuidad mediante sus discípulos. Ellos son los instrumentos para la extensión del Evangelio, la edificación de la Iglesia y el avance de su Reino. Ello constituye la gran viña a la cual son enviados sus obreros (Mt. 20:1; Mt. 21:28). Esta misión implica a todos los cristianos, como se desprende de la parábola mencionada (Mt. 20:1-16). En el seguimiento de Cristo no hay lugar para los ociosos. Aunque en la Iglesia cristiana ha habido siempre ministerios especiales, todo creyente debe estar comprometido con la obra del Señor. No todos seremos apóstoles, pastores o maestros, pero todos podemos ser «colaboradores» (Fil. 1:7).

En la obra de Dios el creyente halla una fuente maravillosa de satisfacciones, como lo atestigua el testimonio de muchos. No obstante, es motivo de pena ver cristianos que se desentienden de su deber de colaborar. Algunos piensan que el trabajo en la «obra» es cosa de otros. Están en la viña en plan de espectadores, no de colaboradores. Otros entienden que deberían ser más activos, pero determinadas experiencias los paralizan: problemas de relación con algún hermano o con los dirigentes de la iglesia, ejemplos poco estimulantes, absorción total en actividades seculares o simplemente cansancio. Cualquiera de esas causas lleva al creyente a una retirada del campo de trabajo que lo sume en una indolencia improductiva.

Numerosos textos de la Palabra de Dios tienen por objeto evitar que caigamos en semejante situación o sacarnos de ella si ya hemos caído (He. 10:35-39; He. 12:12; Gá. 6:9, entre muchos otros) . Todos ellos se resumen en el versículo señalado al principio de este «tema» (1 Co. 15:58). Y todos nos animan a perseverar activos en el servicio del Señor.

Tenga la palabra final Cristo mismo: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.» (Ap. 2:10).

José M. Martínez

Alabanza y adoración

Ambos actos son propios del creyente que reconoce la grandeza de Dios. Ambos son distintivos de la vida piadosa y fuente de enriquecimiento espiritual. Un cristiano vivo alaba y adora a Aquel a quien ama y sirve.

Posiblemente muchos verán en el título dos términos sinónimos, pero en realidad no significan exactamente lo mismo. Muchas veces en la alabanza hay adoración y la adoración va acompañada de alabanza, pero no siempre. De ahí la conveniencia de ahondar en el significado de ambas palabras, pues ambas expresan aspectos fundamentales de la experiencia cristiana.

La alabanza

Alabar, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es «elogiar o celebrar con palabras». Significa también ensalzar o glorificar. La alabanza puede tributarse a una persona por algún hecho o virtud sobresaliente. Pero en la Biblia la alabanza por excelencia se reserva para Dios, hacedor de maravillas y dador de todo bien. Dios es alabado por lo admirable de su obra en la creación (Sal. 104), por la redención de su pueblo (Éx. 15:1-21), por su perdón y su poder restaurador (Sal. 103:1-3) porque Él «nos corona de bienes y misericordias» (Sal. 103:4). Es lógico deducir que la alabanza es una expresión gozosa surgida de espíritus agradecidos por lo que Dios es y por lo que hace. Ese gozo, desde los tiempos más antiguos, ha inspirado preciosos cánticos al pueblo de Dios, a menudo acompañados de música instrumental (Sal. 150). La alabanza, como puede verse en muchos de los salmos, ha constituido siempre un elemento esencial en el culto de la comunidad creyente.

Este aspecto comunitario de la alabanza invita a la reflexión, dada la importancia creciente que se le da en muchas iglesias, no siempre de modo equilibrado. Es lógico que, si el culto es la hora de encuentro de los creyentes con Dios, éstos le ensalcen y proclamen su gloria. Pero no parece justificado que la alabanza llegue a convertirse en el elemento principal, a veces en detrimento de la predicación de la Palabra. Quizá se olvida que es a través de ella como Dios nos habla. El encuentro con Él en el culto no debe reducirse a un monólogo. Ha de ser un diálogo en el que la alabanza sea una respuesta a lo que la Palabra nos dice.

Conviene asimismo prestar atención al modo como se practica hoy la alabanza en determinados lugares. En algunas iglesias se ha generalizado el uso de himnarios o cancioneros especiales que se distinguen por el énfasis en cómo el creyente vive su experiencia de la salvación, generalmente de modo triunfalista: todo es gozo, felicidad, victoria. Apenas se hallan referencias a las experiencias de debilidad y derrota. Predomina el elemento sentimental en contraste con un gran déficit doctrinal. El mensaje de los cánticos o «coritos» a menudo es excesivamente pobre, tanto en contenido como en estilo; y a falta de substancia bíblica, e incluso de inspiración poética, se repite machaconamente una misma frase. No pocas veces en algunas iglesias, cuando la canción consta de una sola estrofa, ésta generalmente se repite (en algunos casos más de una vez), sin que por ello se enriquezca su contenido. Lo peor es que algunos de los textos expresan errores doctrinales deplorables o afirmaciones que contradicen la realidad. Podemos recordar el «corito» «No puede estar triste el corazón que tiene a

Cristo», pero el Señor mismo estuvo «muy triste» en un momento crucial de su vida (Mt. 26:38). Ese tipo de alarde triunfalista se observa también en himnarios más «clásicos». Viene a mi mente una de las estrofas del conocido himno Firmes y adelante, que en su versión castellana comienza con las siguientes palabras: «Muévase potente la iglesia de Dios». ¿De veras es así? La verdad en la mayoría de los casos ¿no es más bien todo lo contrario? En alguna ocasión he sugerido que se cante «Muévase» (no «Muévase») potente la Iglesia de Dios». Hay mucha diferencia entre el indicativo y el imperativo, entre lo real y lo ideal.

La importancia del contenido de la alabanza se hace evidente si tenemos en cuenta uno de sus aspectos esenciales, frecuentemente olvidado. En el Antiguo Testamento la palabra más frecuentemente usada para expresar la idea de alabar es yadah (confesar). En efecto, lo que declaramos cuando alabamos a Dios es una confesión de nuestra fe en él, un proclamación de su magnificencia y de las gloriosas verdades que hallamos en su Palabra. Indirectamente es una predicación a quienes escuchan, especialmente a los que todavía no son creyentes. Por tal razón conviene que la alabanza esté impregnada de Evangelio.

Gracias a Dios, y pese a los defectos que puedan observarse en algunos cánticos, todavía son muchos los cantados en nuestras iglesias que transmiten estímulo espiritual. Ensalzan a Dios en lo excelsa de su esencia, de sus atributos, de sus obras; exaltan a su Hijo como el Salvador perfecto, y su obra como la mayor maravilla de la historia; honran su Palabra y su fidelidad, lo maravilloso de su gracia... en una palabra, dan relieve a los cimientos de nuestra fe. Lo que sucede es que con demasiada frecuencia cantamos distraídos, sin sopesar reflexivamente lo que cantamos. Cuando alabamos al Señor concentrados, si el texto de nuestro cántico ha nacido de las entrañas del Evangelio, más de una vez nuestra alma se verá bañada en luz celestial. ¡Bendición inefable! Que nada venga a privarnos de ella cuando, en comunión con hermanos nuestros, loamos a nuestro Dios. Lo que acabamos de indicar debería ser la experiencia de todo cristiano, especialmente la de aquellos (si los hay) que dirigen a la iglesia en el canto. Este servicio es sagrado, incompatible con cualquier forma de frivolidad. La finalidad de la alabanza es glorificar a Dios, no exhibirnos a nosotros mismos. Con profunda devoción hemos de hacer nuestras las palabras del salmista: «Alaba, oh alma mía, al Señor. Alabaré al Señor en mi vida, cantaré salmos a mi Dios mientras viva» (Sal. 146:1-2).

La adoración

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la adoración suele incluir todos los elementos del culto. Pero nunca debería perderse de vista el meollo del concepto. Los términos bíblicos usados para expresar la idea de «adorar» significan literalmente inclinarse hacia adelante, prosternarse. Es la acción propia del siervo ante su señor; indican respetuoso sometimiento y obediencia. En el lenguaje religioso significa sumisión reverente a Dios, reconocimiento de su soberanía, acatamiento de su voluntad. Es exclamar humildemente: «¡Señor mío y Dios mío!».

Esta prosternación ante la divinidad suele efectuarse como resultado de una manifestación extraordinaria de la grandeza divina (Éx. 4:31; Éx. 12:27; Éx. 33:10). Adoramos a Dios maravillados al contemplar, por ejemplo, una espléndida puesta de sol; al recogerlos en el silencio de un templo cristiano; al escuchar un coro que alaba a Dios y ensalza sus obras. O al meditar en la muerte redentora de Cristo y en su gloriosa

resurrección. En estos casos es relativamente fácil adorar al Señor. Pero hay otras situaciones en las que la adoración parece fuera de lugar o incluso imposible. Sin embargo, el cristiano debe ser un adorador perenne. Veamos algunas de las circunstancias en que debe reconocer con espíritu sumiso la presencia y la intervención de Dios:

Adoración ante las maravillas de la providencia

La inmensa mayoría de personas, en un momento u otro de su vida, tiene la experiencia de que todo le va bien: las dificultades desaparecen; los problemas se resuelven, y todo parece ordenado por una mano benéfica. El ateo dice: «¡Suerte!». El engraido: «Me lo merezco». Pero el creyente ve en ello la providencia amorosa de Dios. Así interpretó el mayordomo de Abraham los acontecimientos que sobre su viaje en busca de mujer para el hijo de Abraham se narran en el capítulo 24 del Génesis. Al ver que todo se había desarrollado de modo maravilloso, «se inclinó y **adoró**» (Gn. 24:26). La explicación la da él mismo en el versículo siguiente: «Bendito sea Yahvéh, que no apartó de mi amo su misericordia y su fidelidad, guiándome Yahvéh en el camino a casa de los hermanos de mi amo». Se daba cuenta de que había un factor divino en cuanto le acontecía. Es lógico que, ante la manifestación evidente del Señor de su señor, se inclinara y adorara. ¿Es esa nuestra actitud cuando la vida nos sonríe con experiencias placenteras o, como los escépticos, también pensamos que «es normal»? Reconocer la inserción de Dios en nuestra vida es el principio de la verdadera piedad.

Adoración ante lo incomprensible

Es relativamente fácil reconocer al Dios presente en situaciones de bienestar. No lo es tanto cuando hemos de enfrentarnos con pruebas duras, cuando fácilmente nos asaltan dudas sobre el poder y el amor del Altísimo, cuando no entendemos el porqué de muchas cosas, cuando la realidad de lo que sucede parece contradecir las promesas divinas. Este fue el problema de Abraham cuando Dios le pidió que le ofreciera su único hijo, Isaac, en sacrificio. ¿Cómo podía armonizarse la muerte del unigénito con la promesa que Dios había hecho al padre? ¡Incomprensible misterio! Pese a todo, Abraham se mantuvo sumiso ante la soberanía de Dios y se dispuso a consumir el sacrificio con su propia mano, convencido de que Dios es poderoso aun para resucitar a los muertos. Por eso, llegados a la falda del monte Moriah, dice a sus siervos: «Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y **adoraremos**, y volveremos a vosotros» (Gn. 22:5). Adoración, acatamiento de la soberanía divina aun sin entender. La fe en pugna con la razón, pero sometándose a Dios. Cree y actúa «en esperanza contra esperanza... plenamente convencido de que Dios es poderoso para hacer lo que ha prometido» (Ro. 4:18, Ro. 4:21).

Más impresionante, si cabe, es el ejemplo de Job. Un viento huracanado de adversidad se ha desatado sobre él. Ha perdido su hacienda y sus hijos. Pronto perdería su salud. Y quedaría sumido en una perplejidad torturadora al no poder entender la actuación de Dios. ¿Qué hace ante tamaño infortunio? «Se levantó, rasgó su manto, rasuró su cabeza, se postró en tierra y **adoró**» (Job 1:20). Comprende que todo en esta vida es contingente y bendice el nombre de Dios, sea cual sea el destino que le tenga reservado (Job 1:21; Job 2:10). Eso es adorar.

Adoración ante el Cristo glorificado

En el capítulo 5 del Apocalipsis hallamos una descripción sublime del Señor Jesucristo. Es el Cordero de Dios (Ap. 5:6) que quita el pecado del mundo, el único que puede abrir los sellos de la historia humana. Lo más sobresaliente es que con su sangre nos redimió (Ap. 5:9). La magnificencia de su obra le hace acreedor a «la alabanza, el honor, la gloria y el dominio por los siglos de los siglos» (Ap. 5:13). Ante una visión tan maravillosa, no sorprende lo que los «cuatro seres vivientes» (seres celestiales) y los «veinticuatro ancianos» (representando a la totalidad del pueblo de Dios) hicieron: «se postraron sobre sus rostros y **adoraron** al que vive por los siglos de los siglos» (Ap. 5:14). ¿Podemos abstenernos de hacer lo mismo nosotros hoy, individualmente y como iglesia? La adoración también tiene una dimensión comunitaria. La Iglesia cristiana ha de ser una Iglesia adoradora que reverentemente, con gratitud y entrega, se postra ante su Señor.

A modo de conclusión, valga un último ejemplo. Cuando en días de Moisés la gloria de Yahvéh (la shekinah) descendía sobre el tabernáculo a ojos de todo el pueblo, «se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y, postrado, **adoraba**» (Éx. 33:10). Nosotros, pueblo cristiano, vemos resplandecer la gloria de Dios de modo inefable en la faz de Jesucristo (2 Co. 4:6). ¿No le adoraremos? ¿No confesaremos: «Oh Dios, tú eres nuestro Señor. Como siervos, nos sometemos gozosamente a ti. Ayúdanos a hacer tu voluntad»? Sí, y en el seno de la comunidad creyente, nos diremos unos a otros: «Venid, **adoremos** y postrémonos; arrodillémonos delante del Señor, nuestro Hacedor» (Sal. 95:6).

En esa experiencia de adoración seguramente no faltará la alabanza, el gozo profundo. Y ello nos moverá a cantar: «Con labios de júbilo te alabaré mi boca» (Sal. 63:5). Motivos no nos faltan. Si no hallamos ninguno, haremos bien en leer el Salmo 136. El estribillo no puede ser más expresivo: «porque para siempre es su misericordia».

José M. Martínez

Espíritu Santo, ¿creyentes santos?

En el curso de este mes de mayo muchas iglesias celebrarán de algún modo dos acontecimientos de la máxima trascendencia: la ascensión del Señor Jesucristo a la diestra de Dios Padre y la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad cristiana naciente. Es sobre este segundo hecho que centraremos nuestra atención, particularmente sobre su persona y su obra en el creyente.

Personalidad divina del Espíritu Santo

No es fácil alcanzar una comprensión clara de lo que en lenguaje teológico se conoce como «tercera Persona de la Trinidad». Es mucho más comprensible lo que la Escritura nos dice sobre el Señor Jesucristo, el Verbo encarnado, manifestado como hombre entre los hombres. Pero el Espíritu Santo es eso: «Espíritu», invisible y misterioso. Comparable al viento, «de donde quiere sopla y oyes su sonido; pero no sabes de dónde viene ni adónde va» (Jn. 3:8). También en su obra hay mucho de enigmático, pues por un lado muestra la magnificencia divina, y por otro pone al descubierto la debilidad y la miseria humanas. Pero hay algo que sí es claro: el Espíritu Santo no es una energía impersonal, un fluido divino secreto. Es una «persona», al igual que el Padre y el Hijo, que se relaciona con las restantes personas de la Trinidad y con los seres humanos. En sus funciones actúa como vicario único (no hay más) de Cristo, pues, conforme a lo prometido por el Señor mismo, vino a ocupar el lugar dejado por él el día de su ascensión (Jn. 14:15-17; Jn. 15:26; Jn. 16:7). Después de Pentecostés, la Iglesia cristiana se formó, desarrolló y expandió por la acción prodigiosa del Espíritu divino, que la enriqueció espiritualmente con sus carismas o dones. Por su amplitud, no disponemos de espacio para tratar este aspecto del tema este mes (tal vez lo hagamos en alguna ocasión futura). De momento, nos limitaremos a reflexionar sobre otra faceta, no menos importante, de la obra del Espíritu:

El Espíritu Santo en la experiencia del creyente

La obra del Espíritu en el creyente individual es tan importante como amplia. A ella se debe la experiencia cristiana de principio a fin. De manera sucinta mencionaremos las facetas más destacables de esa obra bajo los calificativos o títulos que, a la luz del Nuevo Testamento, pueden atribuirse al Espíritu Santo:

Regenerador

La vida nueva del cristiano comienza con su «nuevo nacimiento» o regeneración, que es obra del Espíritu (Jn. 3:6-8). Es él quien «redarguye al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Jn. 16:8-11), moviendo así al arrepentimiento y la fe, «para que todo aquel que cree en él (Cristo) no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:14-15).

Revelador

El Señor Jesucristo fue el revelador por excelencia. Su persona, su carácter y su obra fueron la más perfecta revelación de Dios (He. 1:1-3), tan diáfana que pudo decir: «El que me ha visto ha visto al Padre» (Jn. 14:9). Parece, sin embargo, que tan perfecta revelación mediante el Hijo debía ser complementada por la acción del Espíritu de Dios.

De él dijo Jesús: «Os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:26). Y «cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo cuanto oiga» (del Padre y del Hijo) (Jn. 16:13).

Esa acción iluminadora fue comprendida por Pablo en su admirable profundidad. Su pensamiento penetró en áreas asombrosas de conocimiento espiritual: «cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre...» Y añade: «Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (1 Co. 2:9-12). En la medida en que nosotros seamos auténticamente espirituales estaremos en condiciones de captar lo que el Espíritu enseña a los nacidos de nuevo.

Consolador

Con este término se refirió el Señor varias veces al Espíritu Santo (Jn. 14:16; Jn. 14:26; Jn. 15:26; Jn. 16:7). En su sentido original el nombre (paráclitos) está asociado a la acción (parakaléo), que significa no sólo consolar, sino también alentar, confortar, estimular; literalmente: estar junto a alguien para ayudarle.

Mientras Jesús estuvo en la tierra, durante su ministerio público, siempre estuvo junto a sus discípulos, y siempre les ayudó, cualquiera que fuese la necesidad de ellos. Pero con su ascensión ¿no se produciría un gran vacío? Sus fieles seguidores ¿no quedarían huérfanos? En modo alguno; el vacío sería llenado por el Espíritu Santo (Jn. 14:16-18). En la experiencia del creyente puede haber muchos altibajos, pero nunca le falta la asistencia del Espíritu, por más que con frecuencia no seamos conscientes de ello. ¿Acaso no hemos percibido una y otra vez que, tras un periodo de debilidad espiritual, se ha producido un cambio profundo en nosotros; que nuestra fe, combatida por múltiples dudas, ha sido inesperadamente robustecida, y nuestro ánimo reavivado? El fenómeno no es humanamente inexplicable; se debe a la acción del Espíritu Santo, con el cual estamos sellados (Ef. 1:13). Él nos ha iluminado, nos ha reconfortado y nos ha guiado conforme al plan que Dios tiene para la vida de cada uno de sus hijos.

Intercesor

Nos infunde aliento saber que Cristo, a la diestra del Padre, intercede por nosotros (Ro. 8:34; He. 7:25). Pero la Sagrada Escritura nos enseña algo más: también el Espíritu Santo actúa como intercesor a favor nuestro (Ro. 8:26-27). Él suplementa y perfecciona nuestras oraciones. ¡Cómo necesitamos esa acción, pues «qué hemos de pedir como conviene no lo sabemos»! Más de una vez pedimos mal, animados de apetencias demasiado carnales. A esas oraciones Dios no puede responder positivamente (Stg. 4:3). Pero lo que nosotros no logramos lo consigue el Espíritu Santo, «porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Ro. 8:27). De este modo, la protección del creyente en el camino de la fe perseverante queda doblemente garantizada.

Santificador

El Espíritu es Santo. Comparte la santidad de Dios, la perfección moral absoluta. Y precisamente porque es santo, es también santificador. Es él quien va transformando al creyente a la imagen de Cristo (2 Co. 3:18). No basta con que el cristiano aparezca a

ojos de Dios como santo porque está santificado en Cristo (1 Co. 1:2). Eso sería una santificación meramente jurídica. Pero es necesario que la santidad se haga visible en la conducta. Ha de evidenciarse que el cristiano es una nueva creación, que «las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Pablo, escribiendo a los corintios, menciona tipos de personas que no heredarán el reino de Dios (fornicarios, idólatras, ladrones, estafadores, entre otros). Y a renglón seguido añade: «Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.» (1 Co. 6:9-11). Este lenguaje es claro. Los creyentes corintios ya no eran lo que habían sido antes de su conversión a Cristo. En ellos se manifestaba el poder transformador del Espíritu. Sin embargo, su santificación no había sido completa. En muchos de ellos quedaban escandalosas manifestaciones de la «carne»: celos, contiendas, disensiones (1 Co. 3:3), y la iglesia en su conjunto había adoptado una actitud pasiva en el caso del incestuoso descrito en 1 Co. 5. ¿Cómo se explica que un cristiano, santificado, pueda caer en tales formas de pecado?

No sólo en Corinto se dio tal inconsistencia. En la Iglesia de todos los tiempos se han visto no pocos errores y debilidades, actos pecaminosos que han puesto en entredicho la autenticidad de la profesión de fe cristiana. En la lucha del espíritu contra la carne (Gá. 4:17), con frecuencia ha sido ésta la que ha obtenido la victoria. Y si tenemos en cuenta que tras el espíritu del creyente actúa el Espíritu de Dios, ¿deduciremos que, en último término, es el Espíritu Santo el derrotado? En este problema hay mucho de misterioso, como lo hay en el ser humano y en su comportamiento. Sin caer en un determinismo mecanicista radical, ¿no habremos de admitir que en nuestra conducta hay poderosos factores condicionantes que el Espíritu Santo no elimina? ¿Significa esto que no somos responsables de nuestros actos? En modo alguno. Esos factores (genéticos, temperamentales, circunstanciales) pueden no ser eliminados, pero sí superados cuando estamos llenos del Espíritu, plenamente abiertos a su influencia. De ahí la necesidad de no apagarlo (1 Ts. 5:19) ni entristecerlo (Ef. 4:30) con nuestras resistencias y nuestra complacencia en licencias pecaminosas. El verbo usado en Ef. 4:30 (*lypéo*, contristar) tiene un paralelo en Mt. 26:38: «Mi alma está muy triste (*peri-lypos*) hasta la muerte», patética declaración del Señor Jesús en Getsemaní. ¿Acaso el Espíritu Santo tiene su propio Getsemaní cuando nosotros le contristamos? El Hijo de Dios pasó por experiencias de humillación en su encarnación, su pasión y su muerte (su *kenosis*). ¿Estará teniendo el Espíritu Santo experiencias semejantes al autolimitarse en el ejercicio de su ministerio santificador? Probablemente. Con todo, lo que ahora es incompleto y defectuoso en nuestra santificación será un día pleno y perfecto (Fil. 1:6; 1 Jn. 3:2-3). Entretanto llega ese día, el Espíritu no cesará de ayudarnos a pesar de nuestra debilidad (Ro. 8:26).

Al gozarnos en esa esperanza, alabamos a Dios por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Ro. 5:5), porque él no es solamente nuestro Santificador, sino también, como hemos visto, nuestro Guía, nuestro Intercesor y el Consolador que nos estimula y alienta, permaneciendo siempre cerca, «con nosotros y en nosotros» (Jn. 14:16-17) para ayudarnos pese a las oscilaciones de nuestra fe y de nuestro ánimo. ¡Bendito sea!

José M. Martínez

El misterio del sufrimiento

Reflexión y oración

Reflexión

Según reza el adagio castellano, no todos los ojos lloran en un día, pero todos lloran algún día. Gran verdad. Vivimos en un mundo de sufrimiento y nadie puede evitarlo por completo. Constantemente nos amenazan el dolor físico causado por enfermedad o por accidente y la angustia no menos dolorosa causada por quebrantos materiales o pérdida de seres queridos, por problemas familiares, por el abandono o la soledad, el desamor, el temor a un futuro incierto, ofensas recibidas, dardos de malevolencia, complejos torturadores, grandes frustraciones, o la inquietud que genera la situación del mundo, atormentado por la violencia y corroído por la injusticia y la ambición. Con razón dijo el Señor: «En el mundo tendréis aflicción...» (Jn. 16:33).

Tan penosa realidad ha suscitado infinidad de veces la pregunta: «¿Por qué? Si Dios es Todopoderoso y un Dios de amor, ¿por qué permite tanto sufrimiento?» El problema resulta tan angustiante como inexplicable, especialmente cuando la persona que sufre no merece tal padecimiento. Eso fue lo peor del tormento de Job. Es desconcertante ver cómo los justos son azotados por la aflicción mientras que los impíos disfrutan plácidamente de bienestar (Sal. 73:3-7, Sal. 73:12). No debe extrañar que cuando un creyente fiel se ve azotado por el vendaval del sufrimiento se pregunte tan perplejo como dolorido: ¿Por qué a mí? ¿Qué sentido tiene esta experiencia?

Hemos de reconocer que nos hallamos ante un misterio. Misterio son muchas manifestaciones de la providencia de Dios. Haremos, pues, bien en no precipitarnos a dar respuestas fáciles a los grandes interrogantes que la teodicea nos plantea. Sin embargo, la Palabra del Señor nos ayuda a entender algo de lo que puede significar el sufrimiento. En algunos casos puede ser un medio del que Dios se vale para nuestra corrección y perfeccionamiento (Sal. 94:12-13; He. 12:6). Otras veces, como en la experiencia de Pablo, puede tener por objeto hacer patente nuestra debilidad, la necesidad de humildad y lo maravilloso de la gracia de Dios (2 Co. 12:7-9). Pero probablemente las más de las veces el sufrimiento tiene como finalidad la purificación y robustecimiento de nuestra fe (1 P. 1:6-7), así como la maduración espiritual (Stg. 1:2-4; Ro. 5:3-5). Por otro lado la tribulación nos capacita para consolar y ayudar a quienes también están atribulados (2 Co. 1:3-4), que no son pocos. De este modo, en un mundo tan atormentado por el dolor, el creyente puede ser canal por el que fluya hacia otros la consolación divina y el coraje para superar la punzada de las pruebas. No menos iluminador es el hecho de que, como alguien ha dicho, «Dios usa la aflicción como preludeo a la exaltación del creyente». No olvidemos el texto ya mencionado de 1 P. 1:7. Pablo es igualmente explícito cuando afirma que «esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Co. 4:17), «pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18).

Junto a todas estas consideraciones, y por encima de ellas, hay un hecho singular que ilumina el misterio del sufrimiento: la humillación y los padecimientos de Cristo. Empezaron éstos con su encarnación. Durante su ministerio público fue objeto de ultrajes, de menosprecio, de rechazamiento, de abandono, de soledad. Y en la hora

cumbre de su vida: la cruz con todo su horror físico y moral. Todo lo soportó. Todo lo superó. Tenía razón el profeta: «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto... fue menospreciado y no lo estimamos» (Is. 53:3). Pero todo concluyó con el triunfo de su resurrección. Entonces lo que había sido sufrimiento se trocó en reivindicación y gloria.

De ese triunfo y de esa gloria quiere hacer partícipes a sus redimidos. Con él y por él podemos experimentar que el sufrimiento entraña bendición, y que finalmente a la tristeza le sucede el gozo (Jn. 16:20; Sal. 29:5). Bien podemos hacer nuestras las palabras de Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro.» (Ro. 8:35-39).

Oración

(El poema que sigue fue escrito por el que suscribe con motivo de una delicada operación de hernia discal en abril de 1980)

Ya sé, Señor, que esta hora
no es hora de lamentaciones.
Tu camino es perfecto y cuanto haces es bueno.
Pero tu perfección no excluye mis preocupaciones.
Mi mente es hervidero de pensamientos dispares.
A menudo la vida se ve tan confusa...
Las experiencias, tan contradictorias...
goces y llantos, esperanzas y desilusiones...
Se alternan o cohabitan esplendores y tinieblas,
de las mayores alturas el salto a la depresión.

No me extraña que algunos se pregunten
si la vida tiene sentido o si es «un cuento narrado por un idiota,
lleno de sonido y pasión fiera,
pero sin ningún significado»;
si la historia del mundo y de cada ser humano
admite una explicación coherente
o si es «un conjunto de trazos
hechos por una mosca embriagada
con las patas mojadas en tinta,
avanzando vacilante sobre una hoja de papel blanco».

Al tratar de guiarme por mis propios razonamientos
o por las especulaciones de los filósofos,
cuanto más pienso, más oscuro se me torna todo.
¿Fe? ¿Escepticismo? ¿Resignación? ¿Desesperación?

Pero tengo, oh Dios, tu Palabra,
«lámpara a mis pies, lumbrera para mi camino»,

Palabra viva encarnada en Jesucristo.
Por ella sé que tú eres justo, sabio, poderoso, amante,
aunque a veces te envuelvas en velos de misterio.
Eres un Dios Padre, providente, soberano,
Señor del espacio y del tiempo, del universo y de la historia,
de individuos y de pueblos,
de lo religioso y de lo secular,
de lo temporal y de lo eterno.
Tu soberanía no siempre se muestra clara.
Este mundo nuestro parece tan lejos de tus dominios...
No es fácil ver tu Reino en el imperio
de las tinieblas.
Aun en tu Iglesia resulta a veces arduo ver acatada
esa autoridad tuya que confesamos.
Todos clamamos: «¡Señor, Señor!» Pero...

Sin embargo, tu Palabra y tu Espíritu me enseñan
que puedo ver el sol por encima de las nubes,
la belleza de las flores, los montes y el cielo azul
a través de los muros
de cualquier mazmorra lúgubre en que me encuentre.
Me aseguran que tú eres el primero y el último;
que, a pesar de la humana rebeldía, tú eres el REY.
Tu reino aún lo es en conflicto; pero
la batalla decisiva ya fue ganada por tu Hijo.
Y ese Reino avanza hacia su consumación gloriosa
Sursum corda! - ¡Arriba los corazones!

Ahora, como Abraham, vivo esperando en Dios
cuando todo camino parece cerrado a la esperanza (Ro. 4:18).
A mi alrededor, mucha oscuridad,
pero ¡creo en la luz!
Muchos errores y prejuicios,
pero ¡creo en la verdad!
Mucho egoísmo, ingratitud, deslealtad,
pero ¡creo en el amor!. Y lo siento derramado
a raudales sobre mí.
Vivo en mi propia carne el sufrimiento
y pienso más que nunca en el de los demás,
pero ¡creo en el gozo!
Vivo horas de lucha,
pero ¡creo en la paz!
No me faltan momentos de soledad íntima,
pero ¡creo en un Dios que me acompaña!
Oigo en mi interior silencios misteriosos,
pero ¡creo en un Dios que habla!
Pienso en mi futuro y a veces me inquieto,
pero ¡creo en un Dios fiel!
Más de una vez estos días me ha rondado
el pensamiento de la muerte.

La miro serenamente; pero no estoy
enamorado de ella, consecuencia final del pecado,
catástrofe sin par.
Racional y existencialmente, no puede ser más horrenda;
pero ¡creo en un Dios que, a través de Jesucristo, se revela
como Resurrección y Vida!

Sí, creo en ti, oh Dios. Y creo en tu Palabra.
Creo sinceramente, aunque mi fe no sea imperturbable.
La mía, tú lo sabes, no es fe de ángel ni de supersanto.
Es fe de hombre, de creyente común, con oscilaciones,
con certidumbres y dudas, con triunfos y derrotas.
Conozco la experiencia inefable del Dios cercano.
Y la del Dios lejano.
Mi fe se asemeja a la de Job, David, Jeremías,
Habacuc, Juan el Bautista...
Pero al fin -¿no es cierto?- lo que realmente cuenta
no es mi fe fluctuante, sino tu firmeza, oh Dios;
en ti se apoya mi confianza.
Cuando la mano de mi fe se ha debilitado, siempre
«los brazos eternos» (Dt. 33:27) me han rodeado.
«Cuando yo decía: "Mi pie resbala",
tu misericordia, oh Dios, me sostenía» (Sal. 94:18).
«Asiste de mi mano derecha;
me has guiado según tu consejo
y después me recibirás en gloria.» (Sal. 73:23-24).

Con todo, Dios mío, aumenta mi fe.
Manténla en mí siempre radiante.
Pero si alguna vez permites
que esa fe pase
por horas de crisis y sufra el ataque
de fuerzas malignas, concédeme
que en medio del combate -y de la paradoja-
con todo el fuego de mi alma
pueda al menos exclamar:

«¡CREO, SEÑOR, AYUDA MI INCREDULIDAD!» (Mr. 9:24).

José M. Martínez

La amarga prueba de la sequía espiritual

Varias metáforas bíblicas nos ilustran la naturaleza de la experiencia cristiana presentándola como una vida exuberante y fructífera.

El salmista afirmó que el creyente es «como árbol plantado junto a arroyo de aguas, que da su fruto a su tiempo y su hoja no cae» (Sal. 1:3); y los profetas lo confirmaron (Jer. 17:8; Ez. 47:1, 7, 12; Zac. 14:8). El Señor Jesucristo, refiriéndose a sus seguidores, dijo: «El que cree en mí..., de su interior correrán ríos de agua viva» (Jn. 7:38). Y en el último libro de la Escritura se nos presenta la nueva Jerusalén regada por «un río limpio de agua de vida... en medio de la calle de la ciudad, a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida... y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones» (Ap. 22:1-2).

Todo nos da a entender que la fe nos une a Dios en comunión vivificante. Y en esa comunión hallamos paz, gozo, esperanza, vigor y una invitación a su servicio que da sentido pleno a nuestra vida. Cuando vivimos esta experiencia entendemos el significado espiritual del agua y damos gracias a Dios por sus efectos.

Pero no siempre vivimos «junto a arroyos de aguas», pues no siempre nuestra comunión con Dios es lo que debiera ser. De vez en cuando (¿o con frecuencia?) pasamos por la experiencia de la sequía espiritual. David expresó esta situación con un lamento angustioso: «Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas» (Sal. 63:1). Si terrible es una sequía física pertinaz, más lo es la sequía espiritual.

I. Cómo se manifiesta

En los periodos de sequía el creyente es víctima de la apatía y de una cierta insensibilidad.

Lee la Biblia, pero ésta no le dice nada; la encuentra árida (¿proyección de su propia aridez interior?), carente de mensaje para su alma.

Ora, pero la oración ha perdido fervor. Ha degenerado en rutina fría; se tiene la impresión de que no sube más allá del techo; no se espera que tenga efectos objetivos, y subjetivamente resulta ineficaz.

La asistencia a los cultos de la iglesia se convierte en una carga, pues no encuentra en ellos nada que le estimule.

La comunión con los hermanos más bien le molesta. Aunque le amen, él sólo ve sus defectos; a veces los tiene a todos por hipócritas. No se siente a gusto a su lado.

Se produce un debilitamiento en la lucha contra el pecado y las influencias mundanas, así como un retraimiento ante oportunidades de dar testimonio de su fe.

Consecuencia global: un sentimiento amargo de desolación interior. Un vacío insoportable.

II. Causas de la sequía

Pueden ser de muy diferente índole:

1. Espirituales

Su origen se debe a veces a problemas de fe: influencia del racionalismo, dificultades para aceptar lo sobrenatural, para comprender los misterios de la teodicea, el escabroso problema del sufrimiento en el mundo, o dificultades en el examen de ciertos pasajes bíblicos.

Otras veces la causa puede ser el pecado. David, después de haber cometido su doble pecado de adulterio y homicidio, confesó: «Se volvió mi verdor en sequedades de estío» (Sal. 32:4). A menos que tras la comisión del pecado nos volvamos arrepentidos a Dios implorando su perdón, nuestra sensibilidad espiritual se secará inevitablemente; y, con la sensibilidad, el vigor de la fe.

La mediocridad de nuestro cristianismo es también no pocas veces causa de sequía espiritual. Como los laodicenses, no somos fríos ni calientes (Ap. 3:15-16). Nos dejamos influir más por el espíritu del mundo que por el Espíritu Santo. No nos tomamos suficientemente en serio las implicaciones éticas y de compromiso de nuestra fe. A muchos creyentes se nos podría aplicar el texto de una inscripción que puede leerse en la catedral de Lübeck (Alemania): «Me llamáis SEÑOR y no me obedecéis. Me llamáis LUZ y no me veis. Me llamáis CAMINO y no me seguís.» De un cristianismo así ¿puede esperarse una experiencia de plenitud espiritual? ¿Nos sorprenderá que en vez de ser como el árbol plantado junto a arroyos de aguas vaguemos insatisfechos por un desierto?

2. Existenciales

Problemas personales o familiares, enfermedades, pérdidas graves o tribulaciones de diverso tipo. Si no se superan mediante la fe, confiando plenamente en la soberanía sabia y bondadosa de nuestro Padre celestial, la sequía es casi inevitable.

3. Psíquicas

Con bastante frecuencia la sequía no tiene causas espirituales ni existenciales. Son simplemente psíquicas o psicofísicas. Una persona psíquicamente lábil o de carácter depresivo no debe sorprenderse con desaliento si alguna vez su fe parece debilitarse y le domina el desánimo. Factores tan comunes como el estrés, falta de sueño prolongada, molestias físicas persistentes como el dolor crónico o incluso alteraciones digestivas pueden secar el alma de un creyente fiel.

Naturalmente esta experiencia no debe preocupar demasiado. Es pasajera. Sobre la oscuridad enervante prevalecerá pronto de nuevo la luz.

III. Cómo reaccionar

Cuando sobreviene la sequía del alma la reacción puede ser muy negativa, pero también puede ser saludablemente positiva. En el primer caso se corre el peligro de

abandonar la fe que se ha profesado antes, quizá durante años. Semejante decisión equivale a un suicidio espiritual. En la reacción positiva el creyente decide perseverar en su vida cristiana a pesar de todo (dudas, problemas de fe, experiencias torturadoras, decepciones, etc.). Y hace bien. En cualquier momento, inesperadamente, la sequía puede cesar. Dios puede enviar en el momento oportuno una lluvia vivificadora mediante una lectura, un culto, una conversación, un acto de servicio cristiano, un pensamiento inspirado por el Espíritu Santo, una manifestación clara del cuidado amoroso de Dios o simplemente haciendo desaparecer las causas, espirituales, físicas o psíquicas, que habían originado el tiempo seco.

La reacción positiva tiene dos manifestaciones:

1. Confianza en Dios

Pablo nos asegura que «el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6). No menos inspiradoras son las palabras de Jeremías: «Bendito el varón que confía en el Señor, porque será como el árbol plantado junto a las aguas... y no teme la venida del calor, sino que su follaje está frondoso, y en el año de sequía no se inquietará ni dejará de dar fruto» (Jer. 17:7-8). ¡Promesa reconfortante! - Difícil de creer, quizá pensarán algunos. ¿Cómo es posible que se cumpla en plena aridez del espíritu?

Debemos discernir entre nuestra apreciación subjetiva de una situación (lo que yo pienso, lo que siento) y la realidad objetiva que sólo Dios conoce de modo perfecto. Nosotros a menudo vemos, como Don Quijote, gigantes donde sólo hay molinos de viento. Haríamos bien en recordar el principio señalado por el apóstol: «Por fe andamos, no por vista» (2 Co. 5:7). Ni por sentimientos. La fe se apoya no en sensaciones sino en la realidad de todo lo que Dios es y hace. Mi sequía no agota los depósitos de la gracia de Dios. Ni su amor. Ni su poder renovador. «Él transforma el desierto en estanques de aguas, y la tierra seca en manantiales» (Sal. 107:35).

2. Resistencia a toda costa

«Resistid al diablo y de vosotros huirá» (Stg. 4:7). En la Torre de Constanza (Francia), donde creyentes hugonotes sufrieron y murieron por su fe, todavía hoy puede leerse una palabra impresionante grabada en una piedra: «Resistez» (resistid). Y aquellos héroes de la fe resistieron a pesar de sus sufrimientos. Deberíamos nosotros hoy ser imitadores de su entereza perseverante. La resistencia debemos mantenerla sin abandonar ninguna de nuestras defensas: lectura de la Biblia, oración, asistencia a los cultos, conducta cristiana, compromiso en una vida de servicio.

A la par que resistimos, haremos bien en unirnos al canto de aquel bello himno: «Tentado, no cedas; ceder es pecar. Te será más fácil luchando triunfar». Y esto sin hacer demasiado caso de los periodos de sequía. Si amamos al señor, PASARÁN. Y volverán los días en que diremos con Isaías: «He aquí Dios es mi salvación; confiaré y no temeré, porque mi fortaleza y mi canción es el Señor, quien ha venido a ser mi salvación» (Is. 12:2). Si es así, «con gozo sacaremos aguas de las fuentes de la salvación» (Is. 12:3).

José M. Martínez

El secreto del contentamiento

«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece»

En el fondo, podemos resumir en dos las actitudes de las personas ante las circunstancias: por un lado, los que viven siempre insatisfechos, siempre con la queja en la boca y que acaban «bañados» de amargura. El filósofo rumano francés Emil Cioran es un ejemplo notable de esta postura vital. En su libro «En las cimas de la desesperación» dice: «Todo me deja insatisfecho; si pudiera, me rompería a mí mismo en mil pedazos, me haría estallar». Por el contrario, en el otro polo encontramos la persona cuya reacción ante las circunstancias y los problemas es el contentamiento. Esta diferente forma de reaccionar constituye algo así como una radiografía rápida de nuestra madurez cristiana. Casi podríamos parafrasear el refrán español y afirmar: «dime cómo reaccionas ante una circunstancia difícil y te diré qué tipo de creyente eres». Así pues, estamos ante un excelente test para medir la «calidad» de nuestra fe.

El pasaje que nos sirve de cabecera para esta reflexión es Fil. 4:10-13. Observemos con detalle las palabras que el apóstol Pablo utiliza: no habla de creyentes «contentos», sino contentados. Lo opuesto a la amargura no es la alegría -estar contento- sino el contentamiento: «he aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación» (Fil. 4:11). Enseguida nos surge la pregunta: ¿cuál es la clave para llegar a «aprender contentamiento» y reaccionar como el apóstol? Pablo escribió estas palabras, no lo olvidemos, desde la cárcel de Roma y en peligro franco de muerte; no escribe desde una posición de tranquila comodidad, sino desde la angustia de una situación profundamente turbadora. ¿Cómo podía el apóstol tener esta admirable actitud?

El secreto del contentamiento de Pablo se encuentra en dos frases que describen sendas experiencias espirituales de gran calado y trascendencia. La primera, aprender a adaptarse a y aceptar cualquier situación: «Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado...» (Fil. 4:12). Y, luego, experimentar la realidad descrita de forma majestuosa en Fil. 4:13: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». El creyente que llega a hacer suyas estas dos realidades pasará de la insatisfacción o la amargura al contentamiento. Consideremos estas dos experiencias.

1. La naturaleza del contentamiento

¿Qué quería decir Pablo al afirmar «he aprendido a contentarme»? La palabra original -autarkeia- nos da mucha luz sobre su significado: implica no depender de, estar por encima de las circunstancias; su énfasis está en la autonomía, en no quedar ligado a los acontecimientos o problemas. Pablo nos dice que estar contentado significa estar por encima de los eventos que nos ocurren sin quedar atrapados por ellos. Si hacemos depender nuestro ánimo por completo de las circunstancias diarias, nuestra vida se convertirá en un auténtico tiovivo con bruscas oscilaciones desde la euforia a la oscuridad más cerrada. Porque como diría el médico suizo Paul Tournier, «lo que nos hace felices o desdichados no son las circunstancias, sino nuestra actitud ante ellas».

El contentamiento bíblico no es estoicismo. Pablo está muy lejos de Séneca cuya filosofía ensalzaba la autosuficiencia del individuo, pero de un modo próximo al cinismo. Tampoco es el «nirvana» del budismo, estado supremo «por encima del bien y del mal», en el que desaparece el dolor y que se aprende por un entrenamiento sistemático. Tampoco se trata de «desconectar» para lograr una relajación psíquica cercana a la impasibilidad, en la que «nada me afecta» como enseñan la meditación trascendental y otras religiones orientales. Todas estas técnicas (en el fondo son una técnica) están muy en boga hoy cuando la gente vive abrumada por el stress y necesita formas de relajación mental para vivir más «feliz».

Igualmente debemos entender que el contentamiento no es resignación o fatalismo, el «qué le vamos a hacer» o «no hay otro remedio» de muchas personas. El fatalismo nace de la convicción de que no podemos hacer nada para luchar contra nuestro destino. En tercer lugar, también hemos de evitar una connotación masoquista, pretender alegrarse en/por situaciones difíciles o incluso de sufrimiento. Este es un error frecuente entre creyentes que confunden estar contento con estar contentado. El Señor no nos pide «estar contentos en toda situación». Esta no es la idea de Fil. 4:11. Pablo acaba de hablar del gozo (Fil. 4:4-7), pero estar gozoso no es lo mismo que sentir alegría o estar contento. Yo puedo estar llorando la muerte de un ser querido y tener, retener, el gozo del Señor; pero sería insensato ponerme a reír o a expresar alegría en momentos de tristeza. Dios quiere que sus hijos sean realistas, no masoquistas!

El significado de la palabra contentamiento se acerca mucho al concepto moderno de aceptación que, como tal, no aparece en el Nuevo Testamento. Aceptar implica la confianza serena, profunda, de que nada ocurre en mi vida sin el conocimiento de Dios. Si él ve y conoce mi situación, entonces yo debo mirarla desde la óptica divina tanto como me sea posible. Ello me permite desligarme de la estrechez de mi visión y amplía mi horizonte. Este «paisaje» nuevo, desde la perspectiva de Dios, me libra de la amargura, del resentimiento y de la sensación de injusticia y esterilidad de muchas situaciones. Pero aun va más lejos; la aceptación implica creer que Dios puede sacar provecho de cualquier situación para transformarla en un bien para su gloria o incluso para mi propia vida.

Esta amplia riqueza de matices del contentamiento queda resumida magistralmente en las palabras del patriarca José cuando exclama ante sus hermanos: « Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó para bien» (Gn. 50:20). El contentamiento es inseparable de la confianza en un Dios personal que dirige cada paso de mi vida con un sentido y un propósito. Y esto conlleva una serenidad profunda en toda situación; es la serenidad que le permitió pronunciar al Señor Jesús, en medio de «gran clamor y lágrimas» (He. 5:7), su célebre oración de aceptación: «Padre, si es posible que pase esa copa de mí, mas no se haga mi voluntad, sino la tuya».

No hay ninguna duda que Pablo tardó en vivir el contentamiento. El mismo usa dos verbos referidos a la docencia: «he aprendido» (Fil. 4:11) y «estoy enseñado» (Fil. 4:12). Si el contentamiento es mirar la vida desde una perspectiva divina, ello va a requerir tiempo. Será un proceso de aprendizaje en el que pueden aparecer los altibajos y los fallos propios del aprendiz. No importa. Lo fundamental es avanzar en esta asignatura esencial para vivir de forma sosegada, aprendiendo a «no mirar las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Co. 4:18). Poco a poco Dios nos irá dando unas «gafas nuevas». No suele haber cursos acelerados en la «universidad de Dios»!

2. La fuente del contentamiento

Hasta aquí hemos explicado en qué consiste; veamos ahora dónde se origina esta actitud. Si no es una técnica psicológica en la que uno se puede ejercitar, ¿cómo conseguirla? Ahí está su meollo: es una experiencia espiritual sobrenatural. El contentamiento se origina en Cristo. Ello nos lleva a la segunda experiencia de Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». Los versículos Fil. 4:11 y Fil. 4:13 forman un todo inseparable. No hay verdadero contentamiento sin Cristo. En realidad, esta es la clave no sólo de este pasaje, sino de toda la vida cristiana.

Observemos la preposición que Pablo utiliza: «todo lo puedo **en** Cristo». No dice «con» o «por» Cristo. Esto es así porque se trata de un estado vital, una situación existencial. No es una experiencia esporádica, por intensa que sea, sino una relación permanente. No es un encuentro ocasional como el de un paciente con su psicólogo o consejero que le permite «salir animado de la consulta». Jesús nos da la misma idea en Jn. 15:1-17 con la metáfora de la vid: «Permaneced en mí y yo en vosotros... separados de mí nada podéis hacer». Estar **en** Cristo es imprescindible

para el contentamiento porque la savia no puede llegar al pámpano si no permanece en la planta.

La explicación a esta realidad espiritual la vemos en la frase siguiente: «... en Cristo que me fortalece». La palabra original, «dinamis», alude a una fuerza enorme. No es sólo la fuerza de un ejemplo histórico, sino la energía espiritual de un hombre vivo. Un personaje famoso me puede estimular por la vía del ejemplo. El poder de Cristo va mucho más allá de una mera inspiración; es una transformación que me dinamiza por dentro y me capacita para enfrentar cualquier situación. Cristo me fortalece porque está vivo hoy y me transmite su poder como el tronco de la vid da la savia al pámpano.

Observemos, por último, cómo la consecuencia de la fuerza de Cristo en mí es el contentamiento: «todo lo puedo». Algunas versiones traducen muy acertadamente «puedo hacer frente a todo». Esta es la idea del texto: cuando estoy en Cristo, me fortalece de tal manera que puedo sobreponerme, ser más fuerte que cualquier situación. Es importante notar que no aparece el verbo «hacer»; Pablo no nos dice que en Cristo podemos hacer todo lo que nos propongamos. Estar en Cristo no nos convierte en un pequeño «superman». A veces los creyentes albergamos fantasías de omnipotencia y pensamos que no hay límites a nuestras capacidades. Así algunos interpretan este versículo a su manera, equivocadamente, convirtiéndolo en una especie de talismán.

El apóstol afirma con claridad que en Cristo puedo afrontar y superar cualquier circunstancia por dura y difícil que sea. Es como un pulso, una lucha en la que yo soy más fuerte porque tengo el poder de Cristo. Ninguna circunstancia podrá derrotarme. El eco más cercano a esta idea es el pasaje excelso de Ro. 8:35-39: «... nada nos podrá separar del amor de Cristo», o lo que es lo mismo, ninguna cosa podrá derrotarnos, «porque en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Ro. 8:37).

Dos formas de reaccionar ante la vida y sus problemas: la amargura de Emil Cioran, «todo me deja insatisfecho» o la aceptación confiada del apóstol, «he aprendido a contentarme en toda situación... porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece». ¿Hacia qué polo me dirijo yo? ¿Qué circunstancias estoy afrontando ahora mismo? ¿Lo hago en Cristo? Si es así, la fuerza para hacerles frente y la victoria están aseguradas.

Dr. Pablo Martínez Vila

GRACIA, ¡qué gran palabra!

Pocos vocablos tienen una variedad de significados tan amplia como el término «gracia». El Diccionario de la Real Academia de la Lengua nos da quince acepciones. Pero nuestro propósito no es analizar el sentido de las mismas, sino ahondar en el significado de la gracia de Dios tal como aparece en el término *kharis* del Nuevo Testamento. Nada más profundo, ni más enriquecedor.

El concepto neotestamentario recoge el significado que el término hebreo *chen* tiene en el Antiguo Testamento: la ayuda que alguien fuerte proporciona a una persona atribulada o necesitada, incapaz de mejorar su condición a causa de la debilidad que le imponen su propia naturaleza o determinadas circunstancias. El Señor Jesucristo no habló mucho de la gracia de Dios, pero sus actos revelaban de modo inconfundible la condescendencia divina hacia el pobre, el afligido, el marginado, el condenado por sus pecados. Así que, cuando hablamos de la gracia no hemos de limitar nuestra interpretación del término en el sentido, tan generalizado, de «favor inmerecido». Ciertamente es favor inmerecido, pero se trata del más grande de los favores. Es el amor de Dios en acción mediante el ministerio redentor de su Hijo y de su Espíritu.

Entresacamos algunos de los aspectos del tema que más pueden contribuir a nuestra edificación.

I. La gracia de Dios, fuente de nuestra salvación

Pablo expresó magistralmente esta verdad: «Por gracia sois salvos, por medio de la fe» (Ef. 2:8). ¿A qué salvación se refiere esa afirmación? Una respuesta adecuada sólo es posible si se parte de la condición humana en su situación actual. El pecado ha hecho de los hombres reos de condenación ante la justicia de Dios («por cuanto todos pecaron», Ro. 3:23). Aun viviendo en el sentido biológico, todos por naturaleza estamos «muertos en nuestros delitos y pecados» (Ef. 2:1). «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Ef. 2:4-5). En virtud de la obra expiatoria de Cristo, Dios nos otorga una perfecta justificación, con lo que los efectos de nuestra pecaminosidad desaparecen (Ro. 3:23-26). «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1).

Conviene subrayar la palabra «ninguna». Muchas personas, cuando se habla de condenación, piensan en los tormentos del infierno. Y ciertamente Dios salva a sus redimidos de tan trágico destino. Pero eso no es todo. También quiere librarlos de la esclavitud moral de una vida dominada por el pecado (Ro. 6:11-14). La justificación debe ser seguida de la santificación. Es una maravilla que el creyente, que antes de su conversión había vivido esclavizado por sus tendencias al pecado, en comunión con Cristo y por el poder de su Espíritu «anda en novedad de vida» (Ro. 6:4). Salvado de la condenación eterna, no está condenado a vivir aún en la esclavitud de las inclinaciones propias de la naturaleza caída. «Ninguna condenación hay...» Y si antes estábamos condenados al temor y a la frustración, ahora, en Cristo podemos gozar de libertad, paz, esperanza y plenitud de vida (Jn. 7:38). Bien podemos cantar con gozo y gratitud: «Salvado soy. ¡Aleluya!»

II. La gracia de Dios, fuente de inspiración para la adoración

Ampliamos lo que acabamos de apuntar. El autor de la carta a los Hebreos, divinamente inspirado, escribió: «Nosotros, que recibimos un reino incommovible, hemos de mantener la gracia y, mediante ella, ofrecer a Dios un culto que le sea grato, con religiosa piedad y reverencia» (He. 12:28, versión Biblia de Jerusalén).

La gracia de Dios ha tenido en Cristo su más perfecta expresión. Y la más conmovedora: «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos.» (2 Co. 8:9). Él, Hijo unigénito de Dios, empezó a empobrecerse con su encarnación, pero su «empobrecimiento» culminó en la humillación y los sufrimientos de la cruz (Fil. 2:5-8). Todo para nuestra salvación (Ro. 5:8-10). No debe sorprender que ante el Cordero inmolado, ahora coronado de gloria y majestad, el pueblo redimido eleve a Él el incienso de sus oraciones y un «cántico nuevo» que ensalza su obra de redención (Ap. 5:8-10). La Iglesia todavía hoy canta enfervorizada: «Maravillosa gracia vino Jesús a dar; más alta que los cielos, más honda que la mar».

III. La gracia de Dios, secreto de la santificación

Ya en los días de Pablo había mentes retorcidas que desfiguraban cínicamente la doctrina de la gracia enseñada por el apóstol. Él había escrito: «Cuando el pecado creció, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20), lo que había llevado a los distorsionadores a una conclusión inadmisibile: «Perseveraremos en el pecado para que la gracia crezca» (Ro. 6:1). Pero la gracia que nos trajo el perdón de Dios y el don de la vida eterna también nos unió a Cristo, con cuya muerte y resurrección el creyente ha de estar plenamente identificado. Esta identificación hace incompatible la fe con el pecado (Ro. 6:2-4). La conclusión de Pablo es diametralmente opuesta a la de sus falsos intérpretes: «El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Ro. 6:14).

Algunos creyentes, consciente o inconscientemente, actúan bajo los efectos de una dicotomía teológica; la justificación -piensan- es obra de la gracia de Dios; la santificación es cosa mía; depende de mis esfuerzos. Falso. En la santificación el creyente tiene, sin duda, una participación, la de unirse al Espíritu en la lucha contra la carne (Gá. 5:16). Pero en último término la realidad de la gracia es lo decisivo, pues es lo que más poderosamente actúa en nuestra voluntad hacia una obediencia estimulada por la fe y la gratitud (Gá. 2:20).

IV. La gracia de Dios, principio del servicio cristiano

Nada hay más digno y hermoso que una vida dedicada al servicio de Cristo; no sólo la de grandes misioneros y predicadores, sino la de todo creyente, pues al alcance de todo cristiano hay algún modo de servir al Señor y algún talento que a tal fin se puede usar. El servicio auténtico debe ser respuesta al llamamiento de Dios, y la capacidad para el mismo es también gracia suya. Pablo era muy consciente de este hecho cuando, refiriéndose a la obra que había realizado, declaraba: «Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (1 Co. 15:10). En la labor

del siervo de Cristo no hay lugar para la jactancia; sólo caben la humildad, la gratitud, y la oración en demanda de fidelidad.

V. La gracia de Dios superando nuestra debilidad

El apóstol Pablo, por lo colosal de su obra, aparece a nuestros ojos como un gigante espiritual, dotado de un poder moral y espiritual codiciables. Pocos han alcanzado las alturas de espiritualidad a que él llegó. Pero no fue un «supersanto» o un héroe de leyenda. Como hombre, estuvo sujeto a debilidades de las que por sí mismo no se pudo librar. Su testimonio en 2 Co. 12:1-10 es sumamente aleccionador. No sabemos a ciencia cierta en qué consistía el aguijón que le atormentaba, pero sí que Satanás lo usaba para humillarlo haciéndole muy consciente de su debilidad. Esta experiencia, al parecer, tenía efectos muy negativos en él, por lo que insistentemente había pedido al Señor que lo librara de tan horrible prueba. La respuesta del Señor no podía ser más alentadora: «Bástate mi gracia, porque mi poder en la debilidad se perfecciona» (2 Co. 12:9). Una vez más, ¡la gracia! Mediante ella el creyente puede superar sus limitaciones y sus debilidades; éstas no le serán un obstáculo en el camino de la santificación y del servicio. Más bien darán lugar a la manifestación de la misericordia y el poder o de Dios para que se cumplan sus propósitos en la vida de cada uno de sus hijos.

G. Bernanos, al final de su obra *Diario de un cura rural*, como conclusión de las experiencias de todo tipo (anhelos y esperanzas, frustraciones, momentos de confusión y duda, carencias, complejos, debilidades) vividas por el protagonista y por personas de su entorno, pone en labios del cura cuando ya está moribundo, una frase colmada de significado: «¡Qué más da! Todo es ya gracia». Así es en la vida de todo cristiano. Por algo Pablo solía encabezar sus cartas con la frase «Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo».

José M. Martínez

Familia, sociedad y fe cristiana

Entre todas las instituciones humanas, la familia ha sido considerada como la más fundamental. Para la mayoría de personas el término apenas necesita definición, pese a la diversidad de formas que la familia ha mostrado a lo largo de la historia. Casi la totalidad de seres humanos que vivimos en el mundo nacimos en el seno de una entidad familiar y entendemos qué es sin necesidad de explicaciones.

Sin embargo, la evolución sociológica de las últimas décadas plantea en muchos países cuestiones nuevas que afectan a la familia hasta el punto de configurar modelos nuevos de la misma. En opinión de muchos, una ampliación del concepto equivale a una adulteración del mismo. De ahí la conveniencia de aclarar lo que entendemos por familia.

Significación y beneficios que reporta

El diccionario de la Real Academia de la Lengua define la familia como «grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas». Más completa es la definición que la presenta como «institución creada por el matrimonio y compuesta esencialmente por progenitores y procreados, pudiendo participar también otras personas, conviventes o no, unidas por lazos de sangre o por sumisión a una misma autoridad» (Monitor). En su manifestación más reducida la familia está compuesta por el matrimonio y sus hijos (familia nuclear; es la más común en nuestros días). Pero en otras épocas ha sido común la familia extensa, integrada por componentes de tres generaciones (abuelos, padres e hijos-nietos), con adición en algunos casos de personas con otro grado de parentesco o incluso carentes de consanguinidad que han quedado incorporados a la entidad familiar en virtud de sus servicios (siervos). El modelo de familia extensa aparece con frecuencia en la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento.

En cualquier caso el grupo familiar es, como decía Aristóteles, «una convivencia querida por la naturaleza misma para los actos de la vida cotidiana». Por un lado responde a exigencias biológicas (instinto sexual, de procreación y de conservación) y psicológicas (necesidad de amar y sentirse amado, creatividad, etc.). Por otro es decisivo para una integración positiva en el seno de la sociedad. Familias sanas contribuyen singularmente a la creación de una sociedad sana. Familias rotas o en conflicto fomentan la agresividad dentro de la comunidad social. Se ha dicho, con razón, que las especies animales que no tienen familia carecen también de sociedad.

Cuando la familia se desarrolla en una atmósfera de comprensión, tolerancia, solidaridad y amor por parte de sus miembros, éstos adquieren mayor madurez y equilibrio psíquico. Disfrutan de los grandes beneficios que sólo en la familia se pueden hallar: protección, provisión para las necesidades básicas, apoyo, afecto, comunicación franca, estímulo generador de iniciativas y decisiones propias. Puede considerarse dichosa la persona que ha nacido y crecido en un hogar en que se dan esas características. Y digna de lástima la que ha carecido de ellas y se ha visto zarandeada por las múltiples influencias perniciosas que amenazan de continuo a la sociedad de nuestro tiempo.

Peligros que amenazan a la familia

Podemos dividirlos en internos y externos. Los primeros son los que tienen su origen en la propia familia. Los segundos son propios del estilo de vida de la sociedad en cada momento histórico: sus valores, sus gustos, sus aspiraciones. Los peligros internos probablemente son inevitables. Los seres humanos, sin excepción, somos imperfectos, y la imperfección puede deteriorar seriamente las relaciones familiares, tanto las conyugales como las paternofiliales. Los defectos de la pareja pueden disimularse más o menos antes del matrimonio, pero no después de haberse contraído. Todos poseemos rasgos displicentes, aristas de carácter que hieren o molestan; a la larga pueden parecer insoportables a quien los sufre. Cuando no hay la suficiente

comprensión, tacto y paciencia, cuando no se practica la comunicación franca, abierta incluso a las cuestiones más íntimas, la idea de poner fin a la situación con la ruptura del matrimonio puede llegar a ser obsesiva.

Es también frecuente el problema matrimonial cuando uno de los cónyuges -o ambos- afirman haber perdido la ilusión del amor que los unió por la fuerza del «flechazo» ¿Por qué seguir soportando una situación de tedio e insatisfacción, de la que nada positivo puede ya esperarse, en vez de buscar nuevas oportunidades? Con harta frecuencia esta disyuntiva obedece a una confusión: se tiene por amor lo que es simple enamoramiento, reducido a mero sentimiento romántico. No hay en él idea de pacto, de compromiso, de fidelidad a prueba de dificultades y roces.

Otro peligro es el que nace de un egoísmo radical, no sólo en lo que concierne al orden laboral o económico, sino en la concepción misma del matrimonio, que no es visto como la unión integral de hombre y mujer («serán los dos una sola carne», Gn. 2:24), sino como la simple convivencia bajo el mismo techo de dos personas que paralelamente viven con independencia su vida profesional y de relación exterior. Se aspira a mantener a todo costa la autonomía individual que permita una plena «realización» (palabra de moda) de la persona, sin cortapisas tradicionales más o menos cercenadoras de la libertad de cada uno.

En algunos casos, la amenaza surge de una concepción hedonista del matrimonio, no sólo en lo que concierne a la experiencia sexual, sino también en la propensión al consumismo. Cuando se considera insuficiente la satisfacción de las necesidades básicas de tipo biológico o doméstico y se suspira ávidamente por cosas más modernas, más vistosas, más sofisticadas, más caras, más generadoras de ilusión, frecuentemente se cae en la trampa de convertir lo material en un ídolo al que se sacrifican los valores más dignificantes del ser humano. Este error, si no se corrige a tiempo, suele tener consecuencias funestas. Lo fundamental para el bienestar de la familia no es lo que tenemos, sino lo que somos.

Problema familiar asimismo grave, especialmente en la relación entre padres e hijos, es el causado por la incorporación de la mujer al trabajo fuera del hogar. Ampliamos aquí lo ya mencionado. Es verdad que en no pocos casos las complicadas circunstancias de la vida, horriblemente encarecida, obliga al matrimonio a sumar ingresos mediante actividad laboral económicamente retribuida de ambos. Pero es igualmente cierto que la inserción de la mujer en el mundo del trabajo con frecuencia se debe a la influencia de un feminismo mal entendido que la lleva a buscar primordialmente su plena «realización» y su independencia a todos los niveles. Pero inevitablemente la dedicación con horario laboral normal a actividades fuera de casa equivale a imposibilidad de atender adecuadamente a sus labores domésticas (con la consiguiente tensión e irritabilidad) y, si es madre, dar a sus hijos lo que más necesitan: su presencia, su cuidado, su instrucción, su ayuda. Es muy triste ver en nuestros días, especialmente en los países occidentales, tantos huérfanos de madres vivas. Señalamos esto con respeto y profunda simpatía hacia muchas mujeres que, conscientes de la prioridad que debe otorgarse a los hijos, se ven atezadas por diferentes circunstancias que las obligan a trabajar en un empleo fuera de casa. Ello les produce un problema de conciencia y un gran malestar. Sabemos que, como nos ha manifestado una comunicante, en tales casos «la madre que ha de dejar sus hijos en guarderías o con canguros lo pasa muy mal». Tales madres merecen compasión y, dentro de lo posible, ayuda. Pero esta salvedad no excluye la conveniencia de que no sólo la mujer, sino la pareja, se plantee objetiva y honestamente, como delante de Dios, si el trabajo de ella fuera del hogar es realmente una necesidad o si obedece a otros móviles. Es mucho lo que está en juego. Por supuesto, también es mucho lo que puede decirse sobre la responsabilidad del hombre en relación con su familia. Cuando, por ejemplo, el padre, cansado del trabajo, llega a casa y sólo piensa en relajarse y descansar, dejando a la esposa toda la carga de la casa y de los hijos, está socavando peligrosamente los cimientos de la armonía familiar.

Al considerar toda esta problemática se puede tener en cuenta que los gobiernos de algunos países, conscientes de ella, han tratado de aminorar sus efectos mediante subvenciones y ventajas fiscales, y con facilidades de horario para la mujer. Pero tales medidas son a todas luces insuficientes, pues no atajan el mal en su raíz. Algunos padres creen resolver el problema enviando sus hijos a guarderías y colegios casi desde que nacen. Cuantas más horas del día y más días del año estén en esos lugares, más tranquilos y descansados se sienten ellos. Una vez más, puro egoísmo. No se preguntan si en esos centros de acogida y enseñanza rigen criterios pedagógicos inteligentes. Por otro lado, no comprenden que son ellos mismos lo que el niño necesita y quiere, que nada ni nadie puede sustituirlos. Privar a los niños del refugio paterno-materno durante todo el día es, con excesiva frecuencia, dejarlos a la intemperie social, expuestos a influencias de dudoso signo. A nadie debe sorprender que esos niños, llegados a la adolescencia, se inicien en formas de comportamiento antisociales o autodestructivas (uso y abuso de bebidas alcohólicas, tabaquismo, drogadicción, delincuencia juvenil).

Cualesquiera que sean las circunstancias familiares, los esposos deben plantearse muy seriamente su orden de prioridades, si deben proseguir con el mismo que tienen establecido (independencia y autorrealización de los cónyuges por encima de toda otra consideración) o si a nivel humano han de dar el primer lugar al cultivo de su propia relación matrimonial y al desempeño de sus funciones como padres. Es preferible afrontar una nueva etapa con mayor escasez económica que ver cómo aumenta el distanciamiento entre marido y mujer y/o cómo los hijos van presentando de día en día problemas nuevos, tan inesperados como complicados.

También es necesario ponerse en guardia contra los peligros del exterior. Las corrientes de pensamiento y las pautas de comportamiento actuales en la mayoría de países occidentales tienen efectos nefastos en las masas. Algunos medios de comunicación -la televisión particularmente- no se distinguen por una labor instructiva que promueva la cultura y exalte valores éticos sanos. Más bien fomentan la pasividad, el aborregamiento, el consumismo, la competencia salvaje, la violencia, la utopía amorosa presentada por las revistas del corazón, etc. Esa influencia somete a la familia a la acción de una poderosísima fuerza centrífuga que tiende a arruinar su cohesión. A ella debe oponerse la fuerza centrípeta de principios sólidos y actitudes constructivas.

Los valores de la fe cristiana

Asentados en el testimonio de la Sagrada Escritura, esos valores constituyen el fundamento más sólido de la vida familiar. En el concepto que de la familia se tiene en el Antiguo Testamento sobresale la idea de solidaridad y participación de los miembros en una común fe (Jos. 24:15). Esa fe debía basarse en «la ley de Yahvéh», la palabra de Dios con sus promesas y sus mandamientos. Por eso el hogar debía convertirse en una escuela en la que el conocimiento del Señor se transmitiese de padres a hijos (Dt. 4:9; Dt. 6:6-7; Dt. 11:18-19; Pr. 1:7-8). En el Nuevo Testamento la familia -frecuentemente extensa- no ocupa el lugar supremo; este lugar corresponde a Cristo (Mt. 10:37). Pero las relaciones entre sus miembros pueden alcanzar cotas muy elevadas de armonía y bienestar. Está cimentada en el orden establecido por la revelación bíblica, en el que se combinan equilibradamente igualdad, subordinación y abnegación. Todos sus elementos en la relación conyugal y en la paternofamiliar están aglutinados por un amor que es reflejo del de Cristo (Ef. 5:21-6:9). Este amor está magistralmente descrito en 1 Co. 13:4-8: «es paciente, servicial..., no busca su propio interés..., no se irrita; no toma en cuenta el mal...; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no caduca jamás.» No es tan egoísta e impaciente que tan pronto como surgen las primeras desavenencias ya empieza a contemplar la ruptura como solución única al problema. Horrible perspectiva, pues el rompimiento no sólo deshace la unión matrimonial (experiencia siempre hiriente para los cónyuges), sino que destroza anímicamente a los hijos si los hay. Es penoso oír el testimonio dado por niños o adolescentes a quienes la separación o el divorcio de sus padres ha traumatizado profundamente. Cuando el amor de los esposos está inspirado en el de Cristo no hay diferencia que no se pueda salvar ni problema que no se pueda resolver. Puede haber serios enfados, pero

se impone la exhortación del apóstol: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo» (Ef. 4:26). Habrá tensiones, pero si hay también sabiduría y madurez cristiana por parte de ambos, prevalecerá el espíritu de perdón y reconciliación. Ejemplo de ese espíritu lo tenemos en Dios mismo, quien, a pesar de nuestros muchos pecados y torpezas, nos perdonó y reconcilió consigo en Cristo (2 Co. 5:18). ¿Haremos nosotros menos cuando nos irritamos por el carácter y la conducta de nuestro consorte? Recordemos la parábola de los dos deudores (Mt. 18:23-35). En la relación entre padres e hijos, habrá autoridad (no autoritarismo), disciplina sensata, comprensión, paciencia... y amor, mucho amor. Los hijos, por su parte, obedecerán a sus padres sin sentirse humillados o desalentados.

Ese amor que imita al de Cristo convierte el hogar en un santuario donde Dios es alabado, su Palabra es leída, creída, obedecida y convertida en centro de testimonio del Evangelio. En días apostólicos algunas casas fueron auténticas iglesias (Ro. 16:5; Col. 4:15). Sin duda, el ejemplo de las familias cristianas fue uno de los factores que impactaron con más fuerza a la sociedad grecorromana de la época. ¡Qué bendición si hoy viéramos un impacto semejante en nuestra sociedad neopagana del siglo XXI!

Obligado es decir que no siempre la familia cristiana se ajusta al patrón bíblico. Demasiadas veces se deja influir por las corrientes de pensamiento predominantes y cae en los mismos errores que los no cristianos. El verdadero amor se trivializa; el egocentrismo se impone y, con la misma facilidad con que lo hacen los no creyentes, deciden iniciar el proceso de separación, alegando que cada uno tiene derecho a rehacer su vida. ¿Es un derecho cristiano?

El pueblo de Dios tiene una gran responsabilidad social. Y la solidez de la familia es fundamental para la salud de la sociedad. Como se declaraba en un informe del Consejo de Países Nórdicos, «sin familias cohesionadas y fuertes no hay bienestar en un país. La familia es el primer bastión de la solidaridad». Ello nos obliga a defenderla según los principios cristianos, de palabra y mediante el ejemplo.

José M. Martínez

Los cinco regalos de la Navidad

«Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.» (Is. 9:6)

¿Qué es la Navidad? ¿Qué y cómo se celebra? En un mundo cada vez menos familiarizado con el mensaje de la Biblia, la Navidad es una forma más de folklore religioso. Pero, si en esencia, la Navidad es el aniversario de un nacimiento, obviamente necesitamos conocer al protagonista de tan famoso cumpleaños. Hemos de entender quién fue Jesús. El pasaje de Is. 9:1-7 nos presenta un retrato formidable a través de los nombres de Cristo. Este retrato se hizo varios siglos antes de su nacimiento; tal dimensión profética le imprime un valor añadido al texto porque las profecías cumplidas siempre refuerzan nuestra fe.

Son cinco los nombres que se le dan a Jesús: **Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz**. A pesar de esta diversidad, nos sorprende que el profeta utiliza el singular -«llamarás su nombre»- no el plural, «sus nombres». ¿Por qué? Los atributos que definen el nombre de Cristo forman un todo inseparable e interdependiente como los eslabones de una cadena: no podemos coger aisladamente uno de ellos y rechazar los demás. En otras palabras, no podemos hacernos un «Jesús a la carta». Jesús es todas estas cinco realidades a la vez. Recordemos que para los hebreos el nombre tenía mucho significado porque revelaba alguna faceta especial del carácter de la persona. Por ello, con Cristo hemos de aplicar el principio de «todo o nada».

Además, estos nombres siguen un desarrollo progresivo. Es como una ventana que se va abriendo poco a poco y cada vez entra más luz, hasta el clímax final cuando se describe como el Príncipe de paz. Esta fue la razón última de la venida de Cristo al mundo y esta es la esencia de la Navidad: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz». Es una realidad frecuente y triste que muchas personas abren la ventana sólo a medias: para ellos Jesús fue «Admirable» o un sabio «Consejero-Maestro»; pero no dejan que entre toda la luz de la identidad de Cristo, la rechazan, y se quedan en la penumbra existencial, viviendo sin la plenitud del que afirmó ser «la luz del mundo».

Analicemos cada uno de estos nombres.

Admirable

Este es el primer atributo de Jesús. Algunas versiones lo traducen por «maravilloso». Así lo hizo Händel en su inolvidable composición del «Mesías». La persona de Jesús fascina tanto al creyente como al no creyente. La primera reacción al conocerle como hombre es de admiración. No nos sorprende que alguien tan inteligente como Einstein, judío pero no cristiano, se expresara en estos términos: «La figura radiante de Jesús ha producido en mí una impresión fascinadora. En realidad sólo hay un lugar en el mundo sin oscuridad: la persona de Jesús».

Admirable fue su vida. Jesús vivió constantemente para hacer el bien: ayudó a los necesitados, consoló a los afligidos, sanó a los enfermos, se entregó sin reservas a los demás. Su compasión y empatía no conocían límites. Es significativa la síntesis que Pedro hace de su vida en Hch. 10:38: «...cómo Jesús anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos».

Admirable o maravilloso fue su carácter. Su bondad, su capacidad para amar, su sensibilidad, su humildad, su dominio propio, su mansedumbre adornaron en todo momento su vida. Dos testimonios son bien elocuentes. Por un lado, los judíos que estaban presentes cuando Jesús lloró al ver el cuerpo exánime de Lázaro exclamaron: «...mirad cómo le amaba». Y es que el Señor, momentos antes, «se estremeció en espíritu y se conmovió» (Jn. 11:33-36). Estos dos verbos reflejan en el original una intensidad de sentimiento mucho mayor que la de un duelo habitual. El otro testimonio fue el de Pilato, incapaz de encontrar una sola mancha en la vida de Jesús «yo ningún delito hallo en él» (Jn. 19:4).

Admirables fueron también sus enseñanzas: «...la gente se admiraba de su doctrina porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mr. 1:22). Y así podríamos seguir la lista de razones que hicieron de Jesús un personaje «admirable».

Pero algunos hechos singulares de su vida -a primera vista, extraños- van más allá de lo humanamente maravilloso. La forma milagrosa cómo salvó su vida escapando in extremis a la feroz persecución que Herodes desencadenó precisamente para matar a este recién nacido. Su muerte contradictoria como un malhechor cuando había vivido como un santo. El testimonio del centurión junto a la cruz, habituado a docenas de ejecuciones, quien observó durante su larga agonía aspectos nada «normales» y que le llevaron a exclamar: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc. 23:47). Y qué diremos del relato de los Evangelios sobre su resurrección, sus apariciones posteriores y su ascensión final al cielo.

Así pues, Jesús fue admirable no sólo por su biografía, su carácter o sus enseñanzas, sino también por estos hechos singulares que escapan a la mera explicación natural y nos estimulan a abrir más la ventana y dejar que la luz de sus nombres nos permita profundizar en su identidad.

Consejero

Este atributo es consecuencia del anterior. Si Jesús tenía un carácter sensible y empático, capaz de escuchar, con un amor profundo por las personas y una sabiduría fuera de lo común, éstos son los requisitos idóneos para ser un buen consejero.

Así, las conversaciones personales de Jesús con diferentes hombres y mujeres constituyen un modelo de diálogo y de encuentro fecundo. Nicodemo, la mujer samaritana, la mujer pecadora en casa de Simón y muchos otros ejemplos nos muestran esta excelencia de Jesús como consejero. El fue el sanador de sus vidas, el que llenó sus vacíos, el que transformó sus desiertos en verdegales fecundos.

Hoy también, en pleno siglo XXI, la gente busca con ahínco orientación, algún tipo de guía que mitigue su soledad y su inseguridad. Para ello gastan mucho dinero en adivinos, echadores de cartas, médiums. Desean conocer su futuro, necesitan un fundamento para su vida. En este paisaje de niebla vital, Jesús se nos presenta como el Príncipe de los Consejeros: «Venid a mí todos los trabajados y cargados y yo os daré descanso»; «yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas».

En otro texto Isaías nos da la explicación al porqué Jesús es consejero supremo: «Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu

de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor» (Is. 11:2). Jesús es un extraordinario consejero porque, además de hombre excepcional, el Espíritu mismo de Dios está con él. Ello nos conduce de forma natural al tercer nombre.

Dios fuerte

Muchas personas cierran aquí «la ventana» y se quedan con un Jesús admirable y un maestro-consejero excepcional. Un gran hombre; nada más. Pero el nombre de Cristo tiene otros atributos que nos trasladan a una dimensión superior. La manifestación progresiva de su identidad nos revela que no fue sólo un hombre. «Dios fuerte» es el siguiente paso en nuestro conocimiento del Jesús de la Navidad.

Jesús era Dios y como tal es poderoso, fuerte. Así lo demostró en vida: fue poderoso para curar a los enfermos, para acallar la tempestad, para dar vida a los muertos, para dominar las fuerzas diabólicas. Y sobre todo fue fuerte para levantarse de la tumba y dejar el sepulcro vacío. El Jesús que nació en debilidad -la Navidad sola sería una historia de humillación y persecución- acabó venciendo a las fuerzas más poderosas de este mundo: la muerte, el pecado y el Diablo.

Por ello, los primeros cristianos no tenían ningún sentimiento de inferioridad: su Señor era vencedor. Nosotros hoy hemos de sacudirnos cierto complejo de perdedores en una sociedad que se complace en proclamar la «muerte de Dios» y tilda al cristianismo de obsoleto. Nuestro Jesús es Dios fuerte y un día «toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor» (Fil. 2:10-11). La Navidad no es tanto el recuerdo inocuo y algo ingenuo del nacimiento del niño Jesús, sino la memoria de que hay un Dios fuerte que es Señor de la Historia y de mi vida, que un día reinará sobre todo. En este sentido, la Navidad es fuente de esperanza y de fortaleza para el creyente.

Padre eterno

La idea aislada de un Dios fuerte podría transmitir cierta sensación de lejanía y frialdad. El soberano, el todopoderoso es tan grande que no tiene tiempo para ocuparse de mí. El es demasiado importante para prestar una dedicación personal a cada criatura. Esta era la noción que los griegos tenían de sus dioses.

En el cristianismo, sin embargo, encontramos un hecho singular, que no aparece en ninguna otra religión. Este Dios fuerte es al mismo tiempo un Padre íntimo, personal, que ama a cada ser humano como algo precioso y único. Jesús, aunque él mismo no es Dios Padre, comparte esta sensibilidad paternal. Ello es lógico puesto que Cristo es la «imagen del Dios invisible». En numerosas ocasiones durante su ministerio, Jesús muestra una ternura, un afecto y un cuidado profundamente paternos. La ilustración del buen pastor en Jn. 10 es un ejemplo excelente: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas... Mis ovejas son mías y nadie las arrebatará de mi mano» (Jn. 10:11, Jn. 10:27-28). Y ya hacia el final de su vida, Jesús llora sobre Jerusalén exclamando: «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!» (Lc. 13:34). ¿Puede haber una mayor expresión de amor maternal que la usada por el Señor en esta metáfora?

Este es un punto crucial de la fe cristiana. Dar el paso del tercer nombre «Dios fuerte» al cuarto «Padre eterno» es la esencia de la experiencia de conversión: Jesús

deja de ser sólo el Dios todopoderoso que creó el universo para llegar a ser como un Padre. Es el paso de ser religioso a ser creyente nacido de nuevo. Dios -Jesús- deja de ser un concepto para ser un «tú» con el que tengo una relación viva, personal.

Príncipe de paz

La luz llega a su máxima intensidad. La ventana se ha abierto de par en par. El último nombre dado a Jesús es la consecuencia final de todos los anteriores. Cristo ha venido para traer paz. El Evangelio son buenas noticias. El mensaje de la Navidad resume perfectamente estas noticias: «Os doy nuevas de gran gozo... que os ha nacido hoy un Salvador que es Cristo el Señor» (Lc. 2:10-11). Es un príncipe -aunque nació en humillación- y ha venido para traer paz.

Es una paz en tres niveles. Ante todo, paz con Dios: «salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21) porque su tarea central como Salvador es reconciliar al hombre con Dios. También paz entre los hombres. En un mundo sangrante, con una violencia sin límites, Jesús es el único que puede derribar los muros llenos de alambradas que separan familias, pueblos, razas, porque él es fuente de perdón y reconciliación. Y, por último, paz interior, con uno mismo, porque él prometió «mi paz os dejo, la paz os doy». La paz y la pacificación son inherentes a la persona de Cristo y, por tanto, privilegio y responsabilidad de sus seguidores el vivirla y proclamarla.

Este Jesús es el mejor regalo de Navidad. Es el regalo que Dios mismo nos dio y el que nosotros podemos compartir con otros. Que viva y que vibre en nuestro corazón el Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno y Príncipe de paz.

Dr. Pablo Martínez Vila

Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España